

ROES DE LA PRADERA

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

este

Silver Kane

EL SHERIFF
DE SANTA FE

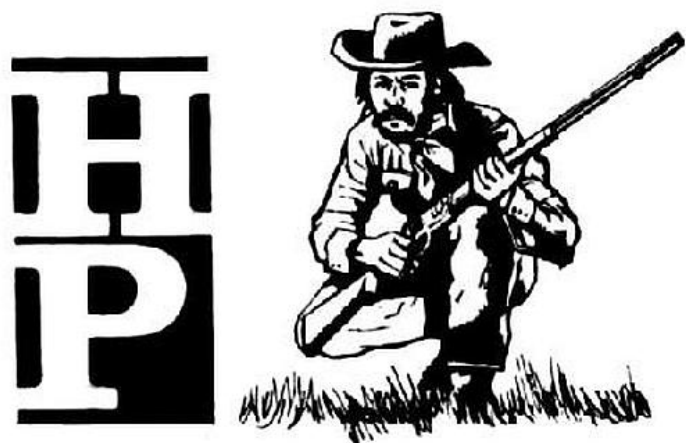


Haircut 40¢

Shave

Shave 25¢

**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS



HEROES DE LA PRADERA





Silver Kane

**EL «SHERIFF» DE
SANTA FE**

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 757
Publicación semanal
Aparece los **JUEVES**

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

EL «SHERIFF» DE SANTA FE

SILVER KANE

Colección HEROES DE LA PRADERA n.º 757

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGERA S. A.
BARCELONA- BOGOTA- BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

3.ª edición en esta colección en España: abril, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de
Editorial Bruguera, S.A.
Camps y Fabrés, 5. 06006 Barcelona (España)

© Francisco Bruguera 1966

Impreso en España Print in Spain

ISBN 84-02-02524-2

Depósito Legal B 9412-1985

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152 km 21,650.
Parets del Vallés (Barcelona) 1955

CAPÍTULO PRIMERO

Los tres jinetes avanzaban por entre los farallones, a poca velocidad, cuando vieron a lo lejos aquella columna de humo. Inmediatamente pusieron a galope sus caballos.

Era una columna de humo que se elevaba por encima de las rocas y que parecía formada por la unión de muchas columnas de humo más. Debía ser algo importante y extenso lo que ardía, quizá una caravana entera.

No se oía nada, señal de que había cesado la lucha, si es que la hubo. Pero los tres hombres, antes de desembocar del todo en la llanura, tomaron sus precauciones y, descabalgando, se asomaron a la parte superior de las rocas para observar.

Ante sus ojos se ofrecía lo que habían imaginado. Un espectáculo muy normal en aquellos sectores de Arizona, y que muchos tomaban ya como algo rutinario, sin demasiada importancia.

Una caravana pequeña, formada por siete carros, debía haber sido atacada en aquel rincón de la llanura encajonado entre montañas. Los indios se habían llevado los caballos, incendiando carromatos y enseres. Por aquí y por allá se veían cuerpos tendidos, y no se advertía el menor signo de vida, señal evidente de que había cesado toda resistencia.

Los tres hombres escudraron en silencio durante largos minutos. Aún no se fiaban. Luego, uno de ellos indicó que podían volver a los caballos.

—Adelante.

No cabía duda de que los indios se habían alejado ya. Los tres hombres avanzaron al paso, contemplando los restos de la caravana.

—Se lo habrán llevado todo —masculló uno de ellos.

—Es lo peor que tienen esos granujas. No dejan nada para los que llegamos después.

—Pero quizá haya dinero. Esos imbéciles de las caravanas suelen ocultarlo en sitios raros, que los indios no saben encontrar.

Cuando se hallaban más cerca, el espectáculo de desolación se ofreció con toda amplitud ante sus ojos. Todos los hombres en situación de luchar estaban muertos con el rifle en las manos. Algunas mujeres viejas colgaban flácidas de los carromatos, sacando medio cuerpo al exterior, del que aún goteaba lentamente la sangre.

Mujeres jóvenes no había ninguna, al menos a la vista. Probablemente habían sido raptadas, algunas con sus hijos. Algunos años después, quizá, aquellos niños llegarían a convertirse en auténticos pieles rojas.

—Mirad.

Uno de los hombres señalaba las estribaciones de las colinas rocosas, donde sólo se veían tres cadáveres de indios.

—Debieron sorprenderles bien. La lucha ha sido corta. Sólo han conseguido liquidar a tres de esos malditos.

Uno de los hombres tomó el rifle de uno de los muertos.

—Y en éste aún quedan dos balas. No tuvo tiempo ni de disparar toda la carga.

—Lo extraño es que no se hayan llevado los rifles.

—Deben estar armados hasta los dientes esos condenados fierros. En cambio, tal vez vayan escasos de caballos.

—Recogeremos las armas nosotros. Podremos venderlas muy bien en Santa Fe. Y quizá haya algo más.

Los tres hombres se pusieron a buscar afanosamente.

Iban mal vestidos, con barba de varios días, y se notaba además que las ropas no eran de su medida. Seguramente habían sido robadas a alguien que ya estaba muerto. Algunos *sheriffs* de las cercanías se fijaban mucho en este detalle, y por menos motivos colgaban a un hombre. Generalmente casi todos los que llevaban ropas muy desajustadas a sus cuerpos indicaban que habían matado a alguien para robárselas. Normalmente eran fugitivos del cercano penal de Alamillo Bajo, donde los reclusos se pudrían en sus celdas encaladas, bajo el ardiente sol.

Un *sheriff* que hubiera pensado eso no se habría equivocado

mucho con respecto a los tres hombres que ahora merodeaban en torno a la caravana destruida.

Uno de ellos gruñó:

—Necesitamos ropas. Se nota demasiado que éstas son robadas.

—Antes de volver al penal, mataré cien veces —gruñó otro—. No me meterán vivo otra vez en aquel infierno.

—Calla. Hay que mirar en el fondo de los carromatos. Quizá el dinero esté oculto ahí. A veces lo ponen entre las ruedas.

Todos se pusieron afanosamente a buscar. No perdían tiempo, porque sabían que alguien podía pasar por allí. De repente, uno de los hombres lanzó un grito mitad de alegría y mitad de sorpresa:

—¡Eh, venid!

Los otros dos se acercaron al carromato en que el primero se hallaba, introduciéndose bajo la lona. Era el único carromato que no ardía ya totalmente, aunque tardaría muy poco en convertirse en una pira.

—Mirad.

El primero de los tres fugitivos mostraba lo que había oculto bajo unas mantas, tan oculto que ni los indios llegaron a verlo, en su precipitación por acabar el trabajo de prisa. Se trataba de una muchacha de unos diecisiete años, tan maravillosamente formada como ninguno de aquellos hombres recordaba haber visto otra. Sus ropas estaban alzadas, de modo que se mostraban generosamente, en toda su longitud, unas piernas que dejaban la boca seca, que cortaban la respiración.

Los tres hombres tragarón saliva casi al mismo tiempo.

Sus ojos brillaban.

La chica debía haberse desmayado, pero no tardaría en recuperar el conocimiento. Respiraba con normalidad. El ritmo de sus senos, al subir y bajar, resultaba obsesionante para los tres hombres.

Uno de ellos masculló:

—Hay que sacarla del carromato. Pronto... Esto empezará a arder también de un momento a otro. Y no quiero ni pensar que haya una caja de municiones oculta.

Seis manos cayeron a la vez sobre el cuerpo de la chica, tocándola tan ávidamente, que ella despertó.

Una brusca expresión de horror asomó a sus ojos.

Por instinto se dio cuenta en seguida de lo que iba a ocurrir. Lanzó un grito sordo, ahogado en seguida por una mano callosa. Materialmente en volandas fue sacada del carromato.

Una vez en la llanura, los tres hombres le arrancaron la ropa a zarpazos.

Ella luchaba, se debatía, gritaba angustiosamente, mientras sus prendas se convertían en jirones y cada vez iba mostrando más y más a la luz su maravilloso cuerpo.

Aquella lucha de fierecilla salvaje enardecía a los tres fugitivos. Ellos también empezaron a aullar, pero como fieras hambrientas, mientras intentaban sujetarla todos a la vez.

Su propio impulso febril les hizo equivocarse. La muchacha logró escabullirse como una gacela y corrió un par de yardas, pero uno de los forajidos dio un salto, tendió una pierna y le hizo la zancadilla. La muchacha, lanzando un nuevo grito, cayó de bruces. Inmediatamente los tres hombres, en confuso montón, se abalanzaron sobre ella.

El drama iba a comenzar.

Sólo se trataba de precisar quién iba a iniciarlo primero.

* * *

El hombre que estaba a unas cien yardas del lugar, montado sobre un hermoso caballo negro, contempló la escena mientras sacaba lentamente el rifle de la funda.

Se había detenido, atraído por los gritos, cuando estaba al otro lado de las colinas, desde donde no era visible el humo. Tres minutos le habían bastado para llegar a la llanura, saltando por los más difíciles vericuetos. Y había detenido su caballo en el momento justo en que la muchacha caía de bruces a tierra y los tres canallas se abalanzaban sobre ella, sabiendo que ya no podría escapar.

El hombre acarició el cuello de su caballo.

—Vamos a tener juerga, «Ernesto».

Apuntó cuidadosamente con su rifle y voló la cabeza del hombre que estaba materialmente sobre la chica. La sangre se derramó sobre el pecho de la mujer. Ésta lanzó un aullido de horror infrahumano, a punto de perder el conocimiento otra vez, mientras los otros dos forajidos se ponían en pie bruscamente.

Sacaron sus revólveres y tiraron contra el jinete que se acercaba

al trote, sin inmutarse, como si no tuviera prisa.

Las balas quedaron algo cortas. Tres nubecillas de polvo se formaron entre las patas del caballo.

El recién llegado había preparado su rifle otra vez.

Una nubecilla de humo partió del cañón y el segundo forajido se llevó las manos al pecho, materialmente destrozado por la bala de grueso calibre.

El otro lanzó su revólver a tierra. Comprendía que era inútil luchar contra aquella especie de diablo que no fallaba un tiro.

—¡Me rindo! ¡Yo no quería hacer nada! ¡Yo sólo les ayudaba! ¡No tires! ¡No tireeees...!

Acababa de darse cuenta de que, sobre la camisa del recién llegado, brillaba una estrella.

—¡Estoy desarmado! ¡No puedes disparar...!

El otro, que ya estaba a poca distancia, dijo tranquilamente:

—Los culpables de violación serán ejecutados en el mismo lugar de su delito. En este condado la ley siempre se ha aplicado así.

—Pero yo no he llegado a...

—La intención basta, amigo, la intención basta. Así aprenderás para otra vez.

Apretó el gatillo tres veces más. El hombre se estremeció a cada nuevo impacto, hasta caer a tierra convertido en un guiñapo, bajo el sol, bañado en su propia sangre.

Luego, el *sheriff* guardó el rifle.

El cuerpo semidesnudo de la muchacha palpitaba sobre la tierra. Palpitaba como una cosa llena de calor, de pasión, de vida.

Rodeada de tanta muerte, su vitalidad aún parecía más maravillosa.

El *sheriff* se quitó el sombrero.

—Tienes que cubrirte con algo, muchacha. Mira a ver si por los carros hay ropa.

Ella se puso en pie. Temblaba. No sabía cómo cubrir su desnudez, pues si ponía una mano sobre una parte de su cuerpo, descubriría la otra.

Al fin se volvió de espaldas y echó a correr, ocultándose tras un carromato del que ya sólo quedaban unas cuantas pavesas.

El *sheriff* la vio, siempre semioculta, recoger una prenda de aquí, otra de allá, hasta que cuando apareció de nuevo ante sus ojos,

quince minutos más tarde, iba discretamente vestida.

El hombre se dijo, en contra de su voluntad, que era la muchacha más bonita que había visto en su vida.

Y se lo dijo en contra de su voluntad porque no le gustaba pensar él lo mismo que habían estado pensando aquellos otros tres tipos.

Cuando ella apareció de nuevo, se ordenaba los cabellos con la mano derecha.

Todos sus gestos estaban cargados de una innata sensualidad, de una inconsciente coquetería.

—Creo que debo darle las gracias —murmuró.

—No tienes por qué molestarte. Al fin y al cabo, estaba buscando a esos tipos. Eran fugitivos del penal de Alamillo Bajo.

El tono de su voz indicaba que a la chica no le disgustaba del todo la idea.

—No, no ha sido por ti —aclaró él—. Tenía orden de matarlos allí donde los encontrara. Para huir asesinaron a un guardián y luego asaltaron un rancho aislado para robar ropas, asesinando a dos personas. La consigna que se me había dado era disparar primero y preguntar después.

—Entonces, no ha sido solo... por lo que hacían.

—No. ¿Decepcionada?

Ella sonrió.

—¿Por qué había de estarlo?

Su sonrisa era limpia, agradable y noble. Quizá un poco triste, como corresponde a una muchacha que ha sufrido ya mucho. Que casi lo ha sufrido todo ya.

El *sheriff* descabalgó.

—Quizá es la hora de que me presente —dijo—. Me llamo Mark Latimer, y soy el *sheriff* de Santa Fe.

—Yo me llamo Norma y no soy nada.

—Eres bonita y joven. Ya es suficiente.

—¡Para lo que sirve ser bonita y joven en esta condenada tierra...!

—No hagas caso. No todo el mundo es aquí fugitivo del penal de Alamillo Bajo.

—Sí... Quizá tengas razón, pero...

—Estás desalentada, ¿no? ¿Adónde se dirigía esta caravana?

—Precisamente a Santa Fe.

—¿Cuántos erais?

—Los muertos que ves. Y, además, cuatro o cinco mujeres jóvenes, que fueron raptadas con sus hijos. Yo tuve la suerte de desmayarme bajo unas mantas y por eso no me vieron. Pero es posible que hubiera muerto quemada de no ser por esos tres hombres.

—Esos indios son fugitivos de una reserva —explicó Mark—. Pronto llegará el ejército y esta zona volverá a estar en orden. ¿Estaban tus padres entre los viajeros?

Ella apretó los labios.

—Yo no he conocido a mis padres.

—Vaya, eso es grave.

—Hasta ahora me he criado como he podido. Huí del orfelinato hace tres años. He limpiado *saloons*, he pedido limosna, he fregado platos... Últimamente logré que me admitieran en esa caravana. Eran buena gente. Siempre decían que el Oeste era una gran tierra, pero... ¡menudo Oeste! ¡Si todo es igual que esto lamento cien veces haber venido!

—No, no todo es igual. Ya verás Santa Fe. Es una ciudad maravillosa y civilizada... en cierto modo.

—¿Es que está cerca de aquí?

—Bastante cerca. Por eso resulta casi inexplicable que los indios os hayan atacado en la zona. Creo que el ejército va a tener mucho trabajo cuando llegue aquí.

Descolgó el lazo que había en su silla, lo lanzó y laceó con habilidad a uno de los caballos de los forajidos, que husmeaba por las cercanías. Después de atraerlo hacia él, hizo montar a la muchacha.

—¿Cómo te sientes, Norma?

—Mejor.

—En Santa Fe hay una Junta de Caridad que te atenderá hasta que encuentres trabajo. Fue creada para casos como el tuyo. Serás bien atendida.

—Odio las Juntas de Caridad. Todas son iguales. Como las Juntas de Gobierno de los Orfelinatos. Las forman mujeres solteronas que nunca han tenido un hijo, que sólo han amado a sus gatos. Haré cualquier cosa antes de caer otra vez en manos de esa

gente.

—Bueno, en cierto modo no te lo reprocho. A mí tampoco me gustaría depender de la caridad ajena. Yo creo que muy pronto encontrarás en Santa Fe un trabajo que te convenga. ¿Nunca has estado en una gran ciudad del Oeste?

—Sólo de paso.

—La mentalidad de las gentes es aquí distinta. Más dinámica, pero más peligrosa. Por ejemplo, se valora mucho la juventud y la belleza de una chica como tú. Pero hay que tener cuidado, porque la juventud y la belleza también son peligrosas en esta tierra.

—Ya lo he visto.

—Te sentirás a gusto en Santa Fe, pero tienes que prometerme una cosa.

—Prometida de antemano.

—Vive con lo que te den los de la Junta de Caridad y no aceptes ningún empleo hasta que yo regrese. Me sabría mal que una chica como tú se equivocara. Es necesario obrar con mucha cautela.

—¿Es que vas a irte?

—No sólo esos tres fulanos huyeron de Alamillo Bajo. También huyeron dos más, y hay que seguir su pista. No creo que esté persiguiéndolos más de una semana, pero también puedo estar diez días.

—Lo... lo sentiré mucho.

Mark sentía en su rostro clavada la mirada de la muchacha. Una mirada casi ávida, sensual, llena de vida, enervante.

—Ten un poco de paciencia. Yo te podré aconsejar bien —susurró Mark—. Conozco a todo el mundo en Santa Fe.

—Eres demasiado joven para aconsejar, Mark.

—¿Qué quieres decir?

—Que incluso eres demasiado joven para ser *sheriff* de una ciudad tan importante. ¿Qué edad tienes?

—Veinticuatro años.

—Muy joven, lo que yo decía.

—Diantre... Hablas como si fueras una mujer y no pasas de los diecisiete años.

—Las mujeres adquirimos experiencia en seguida. Ya ves... Hace unos minutos he estado a punto de adquirir *toda* la experiencia.

El apretó los labios.

Le molestaba aquel recuerdo, sobre todo por el hecho de que aún le quedaba por realizar mucho trabajo. Acompañar hasta los restos de la caravana a una comisión nombrada por el juez, presidir el entierro de los muertos, redactar un informe, comunicar a Barton que debía hacer uso de su influencia para que el ejército llegase pronto... Diablos... Siempre que uno quería hacer algo en Santa Fe, tenía que acudir a Barton, le gustara o no. El dominaba todos los resortes.

Como si adivinara sus pensamientos, Norma susurró:

—¿Quién manda en Santa Fe? Quiero decir, aparte de ti, claro. ¿Quién es el hombre más rico o más influyente?

—Un fulano llamado Barton. Precisamente estaba ahora pensando en él.

—¿Por qué?

—He de pedirle; que emplee su influencia en Washington para traer pronto al ejército. Si los indios empiezan a atacar por las cercanías, cundirá la alarma.

Llegaban en aquel momento a la vista de Santa Fe. Era una ciudad moderna, luminosa, amplia. Había un viejo núcleo, pero los nuevos edificios la envolvían casi por completo. —Es hermoso...— susurró Norma.

Mark apretó los labios. Nunca le había disgustado tanto tener que marchar. Nunca una misión fuera de la ciudad le había molestado tanto como en aquellos instantes.

Pero se prometió a sí mismo volver pronto, porque le interesaba y le preocupaba el porvenir de aquella chica.

CAPÍTULO II

Barton ordenó:

—Vamos, a quitarse los sombreros.

Los once hombres que asistían a la ceremonia se llevaron la mano a los sombreros y se los quitaron lentamente. Eran rancheros recién establecidos sobre una tierra que hasta poco antes fue salvaje, y todos ellos llevaban ropas burdas y pesados pistolones a los cintos. El sol daba en sus rostros, de modo que algunos se pusieron la diestra a modo de visera para ver mejor.

Barton siguió ordenando:

—Muy bien. Y ahora..., ¡preparados!

El hombre que estaba a caballo con las manos a la espalda, la soga al cuello y la angustia clavada en el alma, suplicó:

—¡Por última vez! ¡Tened piedad de mí! ¡Os lo suplico...! ¡No podéis convertiros en unas bestias salvajes! ¡No me matéis!

—Has sido juzgado legalmente —dijo Barton—. Y la sentencia se cumplirá. Sabías perfectamente que estaba prohibido entrar en territorio de los indios y provocar su furia. Se te ha encontrado culpable y vas a ser ejecutado... ¡ahora!

Fue a dar la fatídica palmada en las ancas del caballo para que éste emprendiera el galope y dejara atrás a su ocupante, colgado de la soga, pero en aquel momento un hombrecillo se acercó presurosamente a él.

—Señor...

Barton lo miró como si mirase a un bicho molesto.

—¿Qué te pasa a ti ahora, Tobías?

—Convendría que pasara por el rancho, señor. Es importante.

—¿No ves que estoy ocupado?

—Esto puede esperar, señor. Mientras que lo otro...

El condenado miró al recién llegado con ojos de esperanza, creyendo que tal vez le salvaría la vida, pero Barton aulló:

—¡Esto es lo más importante del mundo! ¡Estoy haciendo respetar la ley!

Tobías se retorció las manos con angustia.

—Es que le he estado buscando por todas partes, señor... Ahora puede ser cuestión de minutos. Le suplico que venga...

—¡Vaya y reflexione! —suplicó el condenado—. ¡Dentro de media hora quizá habrá cambiado de opinión, se habrá dado cuenta de que esto es una salvajada! ¡Por Dios bendito piense como un ser humano, aunque sea sólo por una vez!

—La ley es la ley y nada tiene que ver con los sentimientos humanos —gritó Barton—. ¡Cúmplase la sentencia!

Tobías suplicó:

—Señor, es urgente...

—¡Vete al diablo!

Barton dio la fatídica palmada a las ancas del caballo y éste lanzó un relincho mientras saltaba hacia delante. El condenado emitió un sordo gemido, quiso sujetarse con las rodillas a las ancas del caballo, en un inútil y desesperado esfuerzo por conservar su vida, y al fin quedó en el aire retorciéndose al extremo de la cuerda. Su agonía duró casi medio minuto y sus angustiosos espasmos hicieron que algunos de los testigos cerrasen los ojos. Todos sabían, por haberlo visto en otros, que en estos casos a un hombre joven le cuesta una eternidad morir.

Cuando todo movimiento cesó en el condenado y éste ya no fue más que un cadáver, Barton ordenó:

—¡Hala! ¡A ponerse los sombreros!

Todos obedecieron y en torno al cadáver se hizo un espantoso silencio.

El hombre llamado Tobías suplicó de nuevo:

—Señor, se lo ruego... Cada minuto cuenta...

—¡Déjate de tonterías! ¡No hemos terminado aún!

Tomó su rifle, apoyado en el tronco del árbol del que colgaba el condenado, y sin transición disparó dos veces contra la cabeza del caballo, matándolo.

A uno de los testigos por poco se le cae el sombrero a causa de la sacudida que le produjo la indignación.

—Pero ¿qué ha hecho? ¿Por qué ha matado a ese caballo? ¡Era un animal magnífico!

Barton señaló al ahorcado, que aún colgaba de la cuerda.

—Fue el caballo que Hardley robó de territorio indio —dijo—, y, en consecuencia, no quedaba otro remedio. No podíamos devolverlo a los salvajes porque ello hubiera sido tanto como reconocer la incursión en sus tierras. Tampoco podíamos quedárnoslo por temor a que alguno de ellos, en sus cabalgadas por el valle, lo reconociera. Ésa ha sido la mejor solución.

—¡Diablo, pero el animal no tenía ninguna culpa! —opinó el que había protestado antes.

—Hardley lo había manchado con su pecado. Debía morir también —dijo abruptamente Barton.

—¿No te estás volviendo muy bestia, amigo? —preguntó otro—. ¿Crees que para que haya justicia hace falta liquidar a medio mundo...?

—¡Imbécil! —aulló Barton—. Pero ¿qué dices? ¡Somos los primeros rancheros establecidos en esta tierra donde hasta ahora jamás ha imperado la ley! Vosotros lo sabéis tan bien como yo y podemos hacer dos cosas:

O conservarnos, o destruimos. Si queremos conservarnos es preciso que se respeten a rajatabla los acuerdos aceptados por la mayoría. ¡Decidimos que nadie podía entrar en territorio indio porque esto podría ocasionar la guerra, y Hardley entró!

—Pero si sólo fue tras un caballo salvaje que le había gustado. Eso no es ningún...

—No es ningún delito, ¿verdad? ¡Seguid pensando de ese modo y veréis qué pronto nuestra comunidad queda aniquilada! ¡Apenas somos setenta hombres útiles y no podríamos resistir ni durante dos horas un ataque indio! ¡Nuestra única fuerza está en el respeto a la ley! —Golpeó varias veces con el puño contra el tronco del árbol, como si quisiera machacar la palabra—. ¡La ley! ¡La ley! ¡La ley! ¡Si nosotros somos los que la fijamos, nosotros hemos de respetarla! ¡Hardley está bien muerto y no quiero que se hable más de este asunto! ¡Justicia cumplida!

El grupo fue a dispersarse, pero Barton ordenó:

—¡Esperad! ¡Aún queda un trabajo!

—¿Qué hemos de hacer?

—Hay que enterrar al condenado y al caballo.

—Pero nosotros creíamos que lo íbamos a llevar a su pedazo de tierra... Es de suponer que a él le gustará estar enterrado allí. Fue de los primeros en llegar y se pasó meses y meses trabajándola.

—Está escrito que el que peca no encontrará reposo ni logrará que sus restos sean admitidos en la tierra de los hombres, sino que se mezclarán con las bestias —decidió Barton, dando una interpretación muy personal a pasajes religiosos que había leído en su niñez—. Por tanto, se le sepultará aquí, donde, además, a los indios no se les ocurrirá investigar nunca. ¡Venga, manos a la obra! ¡Hay que abrir una sepultura para el caballo y para Hardley!

El desmedrado Tobías tiró otra vez de la levita de Barton, quien se había vestido sus mejores ropas para aquella ceremonia.

—Señor, le juro que ahora sí que no se puede esperar más. Si llega un minuto tarde...

—¡Pero qué pelmazo eres, Tobías! ¿Qué ocurre? ¿Por qué me fastidias tanto?

—Su esposa...

—¿Qué ocurre con mi esposa?

Tobías inhaló aire profundamente para darse fuerzas antes de gritar:

—¡Su esposa está dando a luz!

Todos conocían el ansia de Barton por tener un hijo y la noticia de que por fin aquel sueño iba a realizarse produjo general conmoción. No en vano era Barton, pese a su juventud, el jefe espiritual del grupo y el que les había conducido a través de mil peligros hasta aquella tierra maravillosa y fértil que ocupaban ahora. En un momento el grupo se concentró en torno a él y dos docenas de manos cayeron ruidosamente sobre su espalda.

—¡Diablos, Barton, eso sí que es una noticia!

—¡Nosotros creíamos que faltaba más tiempo!

—No hablabas de eso con nadie, ¿eh, tunante? Tenías miedo a que al fin las cosas salieran mal...

—¡Pues eso hay que celebrarlo!

—¡Organizaremos una gran fiesta!

Ya nadie se acordaba de que allí acababa de tener lugar una ejecución, y ya nadie pensaba en el muerto.

Nadie excepto Barton.

Fue éste el que impuso silencio con su seriedad habitual.

—¡Bueno, muchachos, calma! ¡Silencio y calma! Entre todos acabamos de administrar justicia, y nuestro primer deber es terminar dignamente el trabajo que estábamos haciendo. Hay que abrir esa tumba, enterrar al muerto y al caballo y rezar una oración por el alma de los dos.

—¡Caray, Barton no seas bestia! ¡Mira que rezar por un caballo!

—Aquí las bestias tienen más valor que los hombres; de modo que, arreando...

Todos se acercaron al carromato en el que había sido traído el condenado y en el que había herramientas de todas clases. Las palas aparecieron y se pusieron a hurgar la tierra, pero Tobías empezó a gimotear junto a Barton.

—¡No se quede aquí! ¿No se da cuenta de que si he venido a buscarle es porque el parto no se presenta bien? ¡Por Dios, hágase cargo! ¡Su esposa puede morir!

—Mi esposa aguantará por minuto más o menos.

—¡Pero si cuando lo he encontrado aquí ya llevaba más de dos horas buscándole! ¡De veras, créame! ¡No se puede esperar más!

—Lo que tenga que suceder, sucederá —dijo lentamente Barton, como si dejara caer las palabras—, pero lo primero es el cumplimiento del deber. Yo he organizado esto y tengo que quedarme hasta el último minuto. ¡Venga, hatajo de imbéciles! ¿Es que no sabéis siquiera abrir una tumba?

Tobías, el único criado fiel que había tenido Barton, se dio cuenta de la inutilidad de sus esfuerzos.

Y se puso a llorar silenciosamente.

* * *

Cuando los dos cuerpos, el del hombre y el de su caballo, hubieron sido sepultados, Barton ordenó que se rezaran unas oraciones y luego montó sobre su corcel.

—Ahora estoy por ti, Tobías. Ahora podemos ir a donde tú quieras.

—Ya no sé si habrá tiempo de nada, maldita sea.

—¿Tan grave es eso?

—¿Es que usted no tiene sentimientos o qué...? ¡Llevo una hora hablándole y hasta ahora no me pregunta si es grave! ¡Pues claro

que lo es! ¡Cuando yo salí en su busca su mujer ya se estaba muriendo!

Y eso que las mujeres era lo que más escaseaba en las tierras del Oeste en los años inmediatamente anteriores a la Guerra de Secesión. Y eso que la esposa de Barton era endiabladamente bonita y todos se la envidiaban. Y eso que habían sido felices y habían pasado miles de aventuras juntos. Y eso que iba a darle un hijo...

Pero Barton opinaba que un hombre debe estar hecho de roca tallada y que el que llora, o se enternece, o se asusta, debiera haber nacido mujer.

Por eso sólo preguntó:

—¿Sufre?

—Mucho.

—¿Y el niño? ¿Qué tal está el niño?

Tobías lanzó una maldición, empezando a perder el respeto a su dueño.

—Pero ¿cómo voy a saber yo si es un niño? ¡Cuando yo me fui la cosa no había hecho más que empezar!

—¡Tiene que ser un niño!

—¿Y si es una chica?

—Si es una chica la regalo a los coyotes.

Mientras galopaban los dos por la llanura, Tobías se volvió para decir:

—¡Salvaje!

—¡Una chica no sirve para nada en esta tierra! ¡Sólo para que se la lleven cuando cumpla los quince años y le dejen a uno más solo que un esqueleto de buey en el desierto! ¡Lo que yo quiero es un hijo! ¿Entiendes? ¡Un hijo! ¿Para qué quiero tierras si cuando sea viejo he de verlas yermas por falta de alguien que las cultive? ¡Las chicas pierden hasta el apellido, mientras que los chicos son tu defensa y tu orgullo, te traen mujer a casa y perpetúan tu especie! ¡Si lo que me va a traer a mí no es un niño, que se lo lleve por el mismo sitio por donde ha venido!

Tobías volvió a increpar:

—¡Salvaje!

Pero estaban llegando ya al rancho y por eso guardaron silencio, acelerando el galope de sus caballos.

El rancho, situado en el lindero de las tierras indias, consistía en

una gran casa alargada, hecha con troncos y sin casi apenas ventanas, cuyo aspecto, visto desde la distancia, era uno de los más inhóspitos. Más bien daba la sensación de un fortín que de una casa. Todo parecía provisional y mal hecho, como si hiciera poco que sus dueños estuviesen allí, lo cual, desde luego, no era cierto. Pero uno tenía que fijar su mirada en las tierras circundantes y en los jóvenes rebaños que pastaban entre ellas para darse cuenta de lo que aquel rancho sería dentro de diez años, o menos y especialmente siendo administrado por unas manos de hierro como las de Barton. La riqueza que todo aquello significaba era portentosa. Ni un experto banquero hubiera sido capaz de calcularla.

Barton debía pensar en esto cuando masculló:

—¡Un hijo! ¡Tiene que ser un hijo para que todo lo que he trabajado yo pueda aprovecharlo y mejorarlo él algún día! ¡Tiene que ser un hijo!

Pero cuando entró en la gran sala principal del rancho, que servía a la vez de comedor y de sala familiar, se dio cuenta de que había llegado demasiado tarde.

El médico, un viejo hurón vestido de negro, que parecía haber aprendido su oficio en los mataderos de Chicago, salía en aquellos momentos. Tenía aspecto cansado, varios mechones de pelo le caían sobre la frente, y lo mismo sus ropas que su maletín estaban manchados de sangre.

Sólo verlo daba escalofríos. Uno advertía en seguida, como un impacto, que algo terrible acababa de suceder.

Barton susurró:

—¿Qué...?

El médico se encogió de hombros, mientras acababa de salir.

—¿Y qué quiere que le haga, infiernos? ¡La criatura pesaba más de cinco kilos!

Barton terminó de entrar, pasando al dormitorio, y entonces vio con claridad las siluetas negras que casi llenaban la estancia.

Eran siluetas de mujeres, pues casi todos los cabezas de familia habían ido a la ejecución. Vestían de negro y en la penumbra tenían aspecto de buitres al acecho. Barton se dio cuenta de que habían ido a asistir a su mujer ya vestidas de negro, como si adivinaran lo que iba a ocurrir. Sintió un odio mortal, rabioso, contra todas ellas y estuvo a punto de soltar una sarta de salvajes maldiciones; pero

consiguió dominarse.

Podía decirse que casi todas las mujeres adultas de los contornos se encontraban allí. Rodeaban el lecho de Barton, que ocupaba el centro de la pieza.

La figura quieta yerta, de su esposa, estaba allí. La habían vestido ya con sus mejores ropas y cambiado las sábanas manchadas de sangre; pero el impacto que su visión ofreció a Barton fue de todos modos tan horrible que tuvo que cerrar los ojos. Su mujer parecía haberse hecho más pequeña, más dulce, y su piel parecía haberse vuelto casi transparente. A pesar de la serenidad que la muerte siempre imprime, se adivinaba, por el dibujo de sus labios, lo mucho que hubo de sufrir en su lenta agonía.

Barton apenas susurró:

—¿Cuándo...?

—Hace una hora.

¡Una hora! ¡De modo que si él hubiera aplazado la ejecución habría llegado a tiempo! ¡De modo que si al menos no hubiera asistido al entierro aún había podido recoger las últimas palabras de su esposa!

—Preguntó por usted —dijo una de las mujeres—. Sus últimas palabras fueron...

—¡Cállese!

—... Sus últimas palabras fueron para rogar que usted cuidase siempre de la criatura.

—Claro que lo haré —dijo Barton—. ¡Claro que lo haré! —Bruscamente parecía haberse animado, como si la muerte de su esposa ya no tuviera tanta importancia—. ¿Dónde está el niño? —¿El niño?

—Sí. ¿Dónde está?

Varias manos temblorosas le señalaron un revoltijo de ropa donde sonaba un débil llanto. Barton, con sus enormes manos de hombre acostumbrado a trabajar en las praderas y en los bosques destapó el cuerpecito, que palpitaba bajo sus ropas.

Su grito de rabia y de decepción se mezcló con el llanto débil y estéril de la criatura.

—¡Es una niña!

Dio sobre la mesa un puñetazo que hizo retemblar las tablas y que casi hizo caer a la niña al suelo; luego, volvió la espalda y salió

bruscamente de la habitación, sin dirigir una sola mirada a la muerta.

* * *

En la piedra que marcaba el emplazamiento de la sepultura, podía leerse en toscas letras:

ETHEL BARTON

Falleció el 17 de marzo de 1860 a los 22 años
¡QUE DIOS LA PERDONE POR NO HABER SABIDO
TENER UN HIJO!

Los dos hombres que habían detenido sus caballos allí, descansando de la interminable marcha, leyeron más de una vez la lápida.

—¿Qué te parece, Karter? —dijo uno de ellos—. ¿Tú crees que hay derecho a poner esa frase en una sepultura?

—¡Menudo animal es su marido! —respondió el otro.

—¡Le faltó poco para maldecirla eternamente! ¡Y todo por no haberle podido dar un hijo!

—¡Vaya bruto!

Mark, que guiaba el grupo de aquellos toscos hombres, se quitó el sombrero y rezó unas oraciones. Luego, reemprendieron el camino lentamente.

CAPÍTULO III

Los cuatro hombres entraron lentamente en Santa Fe. La ciudad parecía distinta esa mañana. Todo tenía un aspecto neblinoso y triste. Nubarrones bajos pesaban sobre la llanura.

Aquellos cuatro hombres, al mando de los cuales figuraba Mark, tenían un curioso y rudo aspecto. Llevaban barba de varios días. Sus revólveres aún conservaban el calor de los disparos. Uno de ellos, que no tenía ropas de recambio, las llevaba aún manchadas con una sangre que no era la suya.

Como si resumiera sus pensamientos, gruñó:

—Han sido once días diabólicos.

—Menos mal que encontramos a los fugitivos —murmuró Mark—. Aunque demasiado tarde: habían cometido otro nuevo crimen.

—De todos modos lo pagaron.

—Cuando ahorcamos al último, empezó a despedir sangre —masculló el que llevaba las ropas sucias—. Nunca había visto nada igual. Me puso perdido.

—La justicia de esta tierra es tan expeditiva... —musitó el *sheriff*—. A veces me pregunto si debe ser así...

—Justo, así debe ser. Si nos anduviéramos con chiquitas, los facinerosos nos comerían crudos. ¿Sabes qué haría yo con Alamillo Bajo? ¡Quemaba el edificio con los presos dentro! ¡No son más que carne de horca! ¡Puaf! ¡Y no hacen más que dar trabajo!

—Habrà de todo, hombre, habrá de todo...

Los jinetes se detuvieron un momento, para contemplar a lo lejos, más allá de la ciudad, en lo alto de una colina, un gran edificio en construcción.

Era una casa de piedra, magnífica, un verdadero castillo, por lo que se podía apreciar a aquella distancia.

—La futura residencia de Barton parece que ha crecido en estos días —dijo uno de los hombres.

—Once días no son demasiados pero, en efecto, ha adelantado —reconoció Mark.

—Se está construyendo un magnífico palacio.

—Pero hasta el fin ha querido seguir viviendo en su viejo rancho —gruñó Mark—. ¡Con el dinero que tiene!...

—Cuando se traslade allá arriba, será como un rey.

—¿Y qué os parece la tumba de su esposa? Nunca he visto un caso igual de crueldad.

—Todo porque no supo darle un hijo varón.

—Su embarazo estaba muy adelantado cuando yo marché —recordó Mark—. Desde hace unos minutos no dejo de pensar en esa pobre mujer. Era muy débil, muy frágil. Yo pienso que Barton la despreciaba por no haber sabido ser como él, resistente, dura y fuerte. En fin, asunto concluido, desgraciadamente. También, por lo que nos contaron, quedó concluido lo de Hardley, que había excitado la ira de los indios al robar un caballo. El bestia de Barton lo hizo ahorcar sin más ceremonias. Bueno, muchachos, adelante.

Mientras penetraban en la calle principal de Santa Fe, uno de los que acompañaban a Mark y habían formado la tropa para aquella expedición de búsqueda de los fugitivos, murmuró:

—Oye... ¿Es cierto lo que nos contaste de aquella chica?

—Rigurosamente cierto.

—¿Y es tan bonita como dices?

—Yo la vi —interrumpió otro de los hombres—. ¡Menudo monumento! La estuve mirando mientras vosotros dos entrabais en el edificio de la Junta de Caridad, Mark. Una chica de esa clase puede armar una revolución en Santa Fe. La nuestra es, al fin y al cabo, una ciudad que se está formando y a la que viene gente de todas clases.

—No hay que preocuparse por ella —dijo Mark—. Muy bonita, desde luego, pero yo haré que encuentre aquí un empleo honrado y donde no corra peligro. Durante estos once días, los de la Junta de Caridad se habrán ocupado de ella.

Pasaban en aquel momento frente al *saloon* más importante de Santa Fe. Uno de los hombres se detuvo.

—Pues sí que se han ocupado bien...

—¿Qué pasa?

—Mira, Mark.

El grupo de hombres se detuvo. A un lado de la puerta del *saloon* había un gran cartel con un magnífico dibujo. En ese dibujo se veía a una chica bailando con la falda muy subidita para arriba.

Mark la reconoció al instante.

—No puede ser... —masculló.

Pero sí que podía ser, porque, además de haber reconocido él a la chica, debajo constaba el nombre, para que no hubiese dudas: «Norma Tiger, la vampiresa más joven del Continente. Entre y véala. ¡Pero hágalo sin que su mujer se entere...!».

CAPÍTULO IV

El *saloon* se hallaba abarrotado aquella noche. Toda la población masculina de Santa Fe se había concentrado allí. Por lo visto eran muchos los tipos que estaban seguros de que su mujer no se iba a enterar de nada.

Mark figuraba entre los asistentes. Ocupaba un lugar junto a la barra y sus facciones no presagiaban nada bueno.

Estaba preocupado, silencioso, taciturno.

Sus dedos tamborileaban sobre la caoba, junto al vaso de *whisky*, que no había probado aún.

Varias atracciones que en otro momento hubieran llamado la atención, pero que ahora ya no divertían a nadie, aparecieron antes que la nueva estrella. Cuando ésta pisó las tablas, sonó en el local una atronadora ovación.

Norma tenía el éxito asegurado. No era una gran artista ni podía serlo a su edad, pero nunca había sido vista en Santa Fe una bailarina tan bonita y tan joven.

Llevaba unas ropas muy ligeras: Un vestidito de una pieza que dejaba los hombros al descubierto y con la falda muy corta. Medias negras y zapatos de alto tacón.

Cada vez que daba una vuelta, la falda subía hasta donde los hombres eran capaces de soñar.

Los gritos y las ovaciones iban en aumento.

Aunque Norma tenía una voz fina y suave, no cantaba bien. Le faltaba educar aquella voz, sacar de ella todo el partido posible. Pero era igual, porque los hurras y las ovaciones no dejaban oír nada. A los espectadores se les salían los ojos de las órbitas.

Norma fue obligada a interpretar tres veces su número, aunque la verdad era que de aquella canción nadie se había enterado de

nada.

Mark tenía los ojos turbios.

Se daba cuenta de que Norma era mucho más bonita de cuanto había imaginado al principio, y estaba lleno de deseo hacia ella. El deseo era febril, obsesionante; llegaba a convertirse en un tormento. Pero al mismo tiempo Mark se avergonzaba de sentirlo.

Cuando el número terminó por tercera vez, el *sheriff* se dirigió a la puerta lateral que daba acceso a los camerinos. Tuvo que abrirse paso entre una multitud enfebrecida, que pedía a gritos una nueva intervención de Norma.

Pero ésta debía estar agotada. Era lógico, puesto que además no tenía costumbre de actuar.

Unos cuantos tipos que formaban la aristocracia de Santa Fe se habían congregado ante la puerta del camerino de Norma. Todos llevaban ramos de flores, y uno de ellos un estuche con una sortija.

Mark se abrió paso a codazos hasta llegar a la puerta.

El banquero Rudolf, cuya mujer era de las que tampoco se enteraban de nada, le dio un empujón.

—Eh, *sheriff*..., esto no es para usted.

—¿Por qué no?

—Nada tiene que hacer aquí.

Mark sintió que su puño derecho se disparaba solo. Se oyó en el pasillo un terrible impacto y el banquero cayó hacia atrás, con los labios partidos y bañados en sangre.

Mark empujó luego la puerta del camerino.

La muchacha estaba semidesnuda, cambiándose de ropa, pero no se alteró demasiado.

Al fin y al cabo él la había visto en peores circunstancias.

Las facciones de Mark parecían talladas en piedra.

Sus labios sólo se separaron un momento para decir:

—Ya lo has visto. Esto es el éxito.

Ella le miró. Sus ojos estaban turbios. Durante un minuto, que se hizo largo, interminable, los dos se miraron sin atreverse a pronunciar una sola palabra.

Al fin fue él quien murmuró:

—Creí que habrías podido tener paciencia durante once días.

—Me era imposible soportar a aquellas mujeres.

—Yo podía haber conseguido para ti algo mejor.

—Esto no es malo.

—Según como se mire —susurró Mark.

—Por favor... Quiero hablar contigo.

—Eso es lo que estamos haciendo.

—Pero con más calma. ¿Por qué no me esperas? Me molesta que nos encontremos aquí, mientras todos esos pelmazos aguardan ahí fuera.

—Todos esos pelmazos representan el dinero y la fama. ¿No es eso lo que andas buscando?

—No, Mark, te juro que no. Sólo ocurre que no podía soportar aquella especie de «caridad». Éste fue el primer trabajo que me ofrecieron. El mismo dueño del *saloon* vino a buscarme.

—Y tú, seguramente, ignorabas que ibas a armar esta revolución.

—Lo ignoraba, Mark.

El apretó los labios nuevamente. Aquello debía ser verdad. En realidad, Norma sólo sabía de la vida lo que ésta le había enseñado, que en el fondo era menos de lo que ella misma creía.

—¿Dónde quieres que nos veamos?

—No quiero que me visites en mi hotel... porque podría comprometer tu fama, Mark. Tú eres aquí el *sheriff*, el hombre honrado e intachable. No creas que no he hablado de ti... Todo el mundo me ha dado la misma opinión: «No hay en todo el territorio otro hombre que tenga tantos deseos de ser honrado y justo». Podemos vernos en el granero de Sam dentro de una hora.

—Sé dónde está el granero de Sam.

—Podemos hablar allí. Por favor, Mark, ten confianza en mí.

—La tengo.

—Entonces espérame dentro de una hora.

Mark salió. Todos los tipos que estaban fuera, ramos de flores en ristre, dieron un paso hacia atrás al verle. Las narices hinchadas del banquero Rudolf habían surtido efecto.

Una hora más tarde, el *sheriff* estaba en el granero de Sam. Vestía un traje de calle oscuro, y se había quitado la estrella. Sus facciones, bien afeitadas, apenas se distinguían en la oscuridad.

El granero de Sam era el sitio ideal para las citas furtivas de los enamorados, puesto que su dueño lo tenía benévolamente abierto toda la noche. Al principio hubo allí un farol, pero en vista de que

cada vez Je rompían uno, había optado por no colocarlo más. Desde entonces Sam, aunque no sabía muy bien por qué, era nombrado padrino de todos los bautizos y de todas las bodas.

Aquella noche nadie acudió allí, al ver entrar al *sheriff*.

Apenas llevaba unos minutos aguardando cuando entró Norma. Vestía casi las mismas ropas con las que llegó a la ciudad. Era tan distinta de la muchacha del *saloon* a la que había visto poco antes, que Mark casi se sintió conmovido.

Norma seguía siendo la chica pura, limpia e ingenua, aunque arrastrada por las circunstancias.

En silencio, sin que mediara una palabra entre los dos, ella se apretó contra su pecho.

Mark le acarició los cabellos. Sentía latir el corazón de Norma como el de un pajarillo asustado. Una suave ternura, un dulce sentimiento que hasta entonces nunca había tenido, se apoderó de él.

El oscuro deseo que le había dominado al verla actuar en el *saloon*, estaba extinguido ya. En su lugar sólo quedaba una gran compasión, una gran ternura. Los labios impacientes no sentían ya deseos de torturar los labios turgentes de Norma, sino de besar con suavidad su frente.

Durante largos minutos, durante un tiempo que ninguno de los dos hubiera sabido calcular, permanecieron en silencio mientras la cálida oscuridad les envolvía.

Al fin Norma musitó con voz débil, casi como una súplica:

—Mark, cástate conmigo.

Mark sintió un estremecimiento.

Era la segunda vez que veía a la muchacha, y, sin embargo, la petición le pareció muy natural. Sin que hubiera podido definirlo, sentía que las circunstancias les habían unido.

Que en cierto modo estaban los dos solos en la ciudad, un poco solos en el mundo.

Ella repitió con un soplo de voz:

—Cásate conmigo, Mark.

—Muchacha, quizá sea inoportuno. Tú eres una chiquilla.

—Tengo diecisiete años. En las ciudades del Este las mujeres se casan más tarde, pero aquí hay muchas que ya son madres a mi edad.

—Sí, claro...

—Y tú solo tienes veinticuatro años. Me lo dijiste hace once días, en un momento que nunca olvidaré. La diferencia que nos separa es ideal en estos casos.

—No he querido decir eso. Intento convencerte de que un paso tan importante debes meditarlo bien.

Mark hablaba sinceramente. Pese a su juventud, había vivido mucho, demasiado tal vez. Y no quería en modo alguno que pudiese parecer que se aprovechaba de la inexperiencia de una chiquilla.

—Mark, tengo miedo...

—Pero ¿qué dices?

—Siento por instinto que tú eres la única persona en la que puedo confiar. Los demás son un poco como buitres... Hasta ahora no había dado importancia a dos cosas: a mi juventud y a la belleza que yo pueda tener. Ahora eso me asusta, te lo juro... Sé que todo puede cambiar si me dejo arrastrar por lo que los hombres me susurran al oído, por lo que me insinúan con sus miradas. Quizá me podría convertir en la reina de Santa Fe... Pero tengo miedo, Mark. Te juro que tengo miedo...

Era sincera. Su corazón seguía latiendo como el de un pajarillo. Todo su cuerpo temblaba entre los brazos poderosos del *sheriff*.

—Sé que no puedes quererme, Mark, porque apenas nos conocemos. Pero te lo suplico por caridad. Hazlo como un favor. Yo seré tu esclava, yo te obedeceré siempre... Cásate conmigo.

Mark dijo con voz ronca:

—Lo curioso, muchacha, es que yo también te quiero. Creo que te he estado queriendo desde la primera vez que te vi.

—Entonces, Mark..., ¿qué se opone a lo que te pido?

—Precisamente el amor que siento por ti.

—No te entiendo, Mark.

—Nunca había pensado en casarme.

—Ya lo comprendo... Pero piénsalo ahora, Mark.

—Quiero decir otra cosa. Verás... Por el hecho de que no pensaba casarme, no me he preocupado gran cosa de mi porvenir material. Seré más claro: Quizá en todo el territorio de Arizona no haya una plaza peor pagada que la de *sheriff* de Santa Fe. Ningún hombre casado podría subsistir con lo que aquí pagan.

—Esas sórdidas cuestiones materiales no deben importarnos,

Mark.

—A mí, sí que me importan, puesto que quiero que seas feliz.

—Puedo serlo con muy poco.

—Yo... vivo en un hotel. No tengo casa propia. Fundar un hogar así, de repente, me resultaría; imposible.

—Pasaremos con lo que sea, Mark.

El la apartó levemente. Trató de ver en la penumbra sus ojos. Y en aquellos ojos leyó sinceridad, amor, y también miedo, mucho miedo. El temor de la muchacha que necesita confiarse a alguien, creer en alguien, no sentirse sola.

—Mark, si tú no me aceptas me sentiré tan desdichada... Tendré la sensación de que cualquier cosa del mundo me puede ocurrir. Ni un poco de seguridad rodeará mi vida.

—Eres muy ingenua, Norma.

—Soy como soy, Mark. Y no quisiera cambiar.

El acarició sus cabellos suavemente, dulcemente, con una ternura infinita.

—Norma —susurró sin mirarla—, es como si tus palabras hubieran despertado algo que estaba dormido en mi corazón desde hacía mucho tiempo. No es sólo el hecho de que gano poco siendo *sheriff* de Santa Fe. Es que el mismo cargo me molesta en cierto modo. Yo comprendo que ha de ser así, porque de lo contrario los forajidos se convertirían en dueños de la ciudad. He visto cosas tremendas hasta que Barton y otros vecinos decidieron imponer la ley a rajatabla, colgando a docenas de hombres si hacía falta, y me colgaron la estrella porque yo era el mejor tirador de la comarca y el único a quien no le importaba morir. Pero me molestan tantos juicios sumarísimos, tantos hombres enviados a la horca, tantas órdenes implacables de matar, matar... Creo que voy a dejar el cargo, muchacha.

—¿Y... qué harás?

—Protegeré conducciones de oro. Es un empleo peligroso, pero muy bien pagado. En un año puedo ser casi rico. Puedo darte lo que tú mereces.

—Mark, un año... es demasiado tiempo. Yo te necesito ahora... Yo te ruego ahora que me prestes, aunque sea por caridad, tu compañía y tu apoyo... Dentro de un año será demasiado tarde.

—Yo soy un hombre responsable. No quiero hundirte en algo

que luego podrías lamentar.

La muchacha lloraba. Se estaba apretando junto a él sin darse cuenta y sus cuerpos formaban un solo cuerpo. Los labios de la mujer, sin que se dieran cuenta, habían encontrado los labios del hombre.

El silencio los envolvía, la oscuridad seguía siendo su cómplice, el cálido olor de los sacos de grano les envolvía como un misterio, como un secreto que sólo conocieran ellos dos.

Fue así como ocurrió todo.

Fue así como ambos se encontraron besándose, acariciándose, como enloquecidos, como prisioneros y como ahogados en el mar negro de su propia fiebre.

Fue así como Mark hizo algo que jamás había soñado hacer. Y como un suspiro largo y prolongado de Norma rompió la quietud de la noche.

Ella ya no pidió nada, ya sólo supo susurrar un nombre:

—Mark...

CAPÍTULO V

El banquero Rudolf examinó con ojos críticos los objetos que Mark había depositado sobre el mostrador. Los dos estaban solos a aquella hora de la noche. El reloj y la cadena de oro, el grueso marco de plata y el cenicero de oro, brillaban quedamente bajo la luz de la lámpara.

—No sé por qué recurre a mí, Mark. Sabe sobradamente que, después de lo que ocurrió la otra noche, no podemos ser amigos.

—Usted es el único prestamista de la ciudad, Rudolf. No puedo acudir a otra persona.

—Es que... Bueno, éstos son todos los objetos que guarda de sus padres, ¿no? Por ejemplo, este reloj... Su padre, lo recuerdo bien, se lo entregó a usted en su lecho de muerte, *sheriff*. Usted le juró que lo guardaría siempre. Y este marco de plata..., este marco de plata guardaba el único retrato que usted conserva de su madre. Un daguerrotipo precioso, de los primeros que se hicieron. ¿Por qué se desprende de esto? —Quiero ayudar a una mujer.

—¿La... la misma?

Mark entrecerró los ojos. Sus facciones parecían talladas en piedra. No dijo una palabra.

—Hace usted mal, *sheriff*. No vale la pena sacrificar según qué cosas por una mujer.

—No he pedido su opinión, Rudolf. Tase lo que tiene ante los ojos.

El banquero dirigió a los objetos una mirada astuta.

—Teniendo en cuenta lo bajo que está el oro... Y la plata no vale nada. Casi me perjudico quedándomela. En fin, teniendo en cuenta que esa muchacha está en el hotel Oriental, y ése es un hotel barato, le puede garantizar el pago de la pensión durante dos meses

Ni un día más.

—Es menos de lo que esos objetos valen, pero no tengo más remedio que aceptar, Rudolf. Vamos a hablar con el dueño del hotel y acepte usted el compromiso.

—Vamos —dijo Rudolf.

Salieron los dos. Antes de hacerlo, el joven dirigió a aquellos objetos queridos, casi sagrados, la que sabía iba a ser una última mirada.

Sus facciones seguían pareciendo talladas en piedra.

Después de despedirse de Rudolf, una vez terminada la gestión en el hotel Oriental, Mark fue a su oficina, se quitó la estrella y la depositó sobre la mesa.

Sus ojos se habían nublado, pero eso no lo veía nadie.

CAPÍTULO VI

Thompson acarició el lomo del caballo que acababa de preparar y miró a Mark por encima de la silla. Las primeras luces del amanecer apenas se insinuaban en la amplia cuadra. No podía negarse que Thompson, el primer ayudante, estaba conmovido.

—Haces mal, muchacho —dijo a Mark—. No debiste aceptar ese empleo de vigilante de las conducciones de oro. Ganarás dinero, pero es más peligroso que esto.

—No importa. Dentro de un año podré volver, y dentro de un par de meses ya habré enviado dinero. Te lo remitiré a ti, Thompson, para que se lo des a ella.

—¿Y no puedes volver antes?

—El contrato es por un año.

—No sé cómo voy a desenvolverme de *sheriff* aquí, durante tanto tiempo... Pero, en fin, ya me arreglaré... si los forajidos deciden irse a otras ciudades. Te voy a echar en falta, Mark. Quizá no habrá nadie en Santa Fe que te recuerde tanto, aunque sea en sentido egoísta.

—Thompson, yo te agradezco mucho el que hayas aceptado el cargo. Y sé que lo desempeñarás mejor que yo.

—Eso ya lo averiguarás, muchacho. Cuando leas en los periódicos que los forajidos se han adueñado de Santa Fe, sabrás el éxito tan grande que he tenido.

—No, no temas eso... Eres mejor tirador que yo y la gente te respetará en seguida. Pero aún tienes que hacerme otro favor. Entrega esta carta a Norma. Ella nada sabe aún. En ella le explico los motivos de mi decisión y le ruego que tenga un poco de paciencia. Yo me preocuparé de que nada le falte durante un año, para que no tenga que volver al *saloon* ni depender de ningún

hombre. —Se la entregaré, Mark, descuida.

—Hazlo a mediodía. Entonces ya estaré lejos.

Mark sacó el caballo de la cuadra. La palabra parecía repiquetear en sus oídos: Lejos...

Lejos...

Cuando montó lentamente, sus ojos volvían a estar nublados, pero ahora alguien lo veía: Thompson.

Sin embargo, Thompson, su fiel amigo, jamás lo contaría a nadie.

CAPÍTULO VII

Durante tres meses, Mark realizó uno de los trabajos más peligrosos que uno podía aceptar en el Oeste: el de protector o guardián de las conducciones de oro.

Normalmente, cuando un Banco necesitaba trasladar, por cualquier causa, lingotes o grandes cantidades de billetes de un lugar a otro, solicitaba la protección del ejército; pero ésta no siempre le podía ser facilitada. Bastante trabajo tenía el Gobierno federal con asegurar y proteger sus propias conducciones. Por eso los Bancos acabaron contratando una pequeña tropa de hombres duros y experimentados, de hombres a quienes no les importaba morir a cambio de una buena paga, y los empleaba para transportar sus propios envíos de billetes o de oro.

Nada se podía comparar con las acechanzas y ataques que debían sufrir aquellos hombres.

Ni los cuatreritos más temibles organizan ataques tan fuertes como los que se desencadenaban contra las conducciones de oro. Como las fechas de éstas eran conocidas la mayor parte de las veces, las trampas ya estaban preparadas escalonadamente a lo largo de la ruta. Empezar uno de aquellos viajes significaba entrar en el infierno por una puerta y salir, si se tenía suerte, por la otra.

Significaba ver enemigos por todas partes, matar a un hombre distinto en cada ciudad o pasar horas y horas parapetado tras los peñascos, vigilando la ruta para sorprender a los ladrones que pensaban sorprenderlos a ellos. En tres meses, Mark hubo de participar en tantos tiroteos, y hubo de ver tantos hombres muertos a sus pies, que tuvo la sensación de que estaba viviendo una pesadilla y hasta perdió la noción del tiempo.

Al cabo de tres meses recibió las pagas acumuladas de todos los viajes, y además de pagar sus deudas y poder reservarse una suma para las próximas semanas, destinó otra para ahorrar, a fin de poder fundar más adelante su hogar en compañía de Norma, y envió a ésta una cantidad a fin de que pudiera mantenerse otro tiempo y no necesitara aceptar cualquier clase de trabajo en el que dependiera de otros hombres.

Sabía que en una ciudad como Santa Fe ninguna mujer la aceptaría en su hogar porque era demasiado bonita y que el único trabajo que le ofrecerían cien veces al día sería el de actuar en los *saloons*. Una muchacha sin dinero podía verse forzada a aceptar, que era precisamente lo que no quería Mark.

Como ahora el antiguo *sheriff* de Santa Fe estaba en una población fija, en Laredo, y había de permanecer en ella unas cuantas semanas, tuvo ocasión de recibir una carta de Norma.

En ella, ésta le decía que se encontraba bien y le pedía que no le enviase más dinero. Precisamente le habían ofrecido trabajo en un almacén, y ella pensaba aceptarlo.

Mark contestó en seguida diciendo que cinco o seis meses más bastarían para poder casarse dignamente y para que él pudiese ofrecerle lo que Norma merecía.

Ella no contestó, o al menos no recibió la carta, porque hubo de salir de Laredo para uno de los trabajos más importantes. Se trataba de custodiar una gran cantidad de lingotes hasta Kansas City, a través de una de las peores rutas del país, materialmente infestada de indios fugitivos, de cuatreritos y de granujas de toda clase.

Además se suponía que dos importantes grupos de forajidos estaban sobre la pista de aquella conducción. Sin duda se producirían ataques y habría desagradables sorpresas.

Siete hombres salieron vigilando aquella conducción y sólo tres llegaron a Kansas City.

El transporte había resultado infernal.

Dos choques terribles habían tenido lugar en las montañas, en los pasajes más difíciles, y Mark mismo no comprendía cómo podía estar vivo aún. Otra vez había perdido la noción del tiempo y otra vez le parecía estar enloqueciendo poco a poco.

En Kansas City hicieron la entrega a un banquero llamado Robinson.

Robinson era un tipo bajito y grueso, con aspecto de negociante nato. Tenía un establecimiento bancario nuevo, pero que había prosperado mucho. Precisamente, al solicitar aquella conducción, lo había hecho para obtener lingotes al precio más bajo posible y constituir en su local unas reservas que no tuviese ningún otro banquero de la comarca. De ese modo se aseguraba una gran solvencia entre los clientes y éstos lo preferirían a los demás banqueros, que ya no serían tan dignos de confianza. Robinson pensaba hacerse, en breve plazo, con la mayor parte de los negocios de la floreciente y violenta ciudad.

Robinson demostró ser astuto y frío con los hombres que habían conducido hasta allí toda aquella riqueza.

Era costumbre que se pagase al final de la conducción, y era costumbre también que la parte de los muertos fuese a sus viudas, si las tenían, y que la parte de los solteros se repartiera entre los que habían tenido la suerte de sobrevivir, excluyendo del reparto a cualquiera que no hubiese ayudado a un compañero en peligro. Éste era el único sistema para que los conductores aceptasen rutas donde se sabía que buena parte de ellos iban a dejarse la piel.

Pero Robinson no era partidario de ese sistema.

Lo dejó bien claro al pagarles, cuando los reunió en su despacho, en uno de los mejores edificios de la ciudad.

—Su parte, señores. Hagan el favor de firmar estos recibos. Si alguien no sabe firmar, que lo hagan dos compañeros por él.

Todos sabían firmar, pero no lo hicieron.

—Aquí falta la parte de los que cayeron —dijo Mark.

—¿Qué parte?

—Había uno que era casado. Su viuda tiene derecho al salario que le correspondía. Los otros eran solteros, y su parte debe ser repartida entre los que hemos sobrevivido.

—¿Quién ha dicho eso?

—La costumbre.

—A mí no se me informó de eso.

—¿Qué está diciendo?

—A mí sólo se me dijo que pagara un tanto a cada hombre. Yo pago a todos los que se presentan a cobrar. Pero sólo se presentan ustedes. ¿Dónde están los otros? ¡Que vengan si quieren su parte!

Rechinaron los dientes de Mark.

—Usted sabe que están muertos.

—Yo no tengo la culpa.

—¡Murieron por usted, Robinson! ¡Por asegurarle la conducción de su maldito oro!

—Sabían a lo que se exponían, ¿no? Además yo no estoy seguro de que hayan muerto. Quizá se han largado, sencillamente. Si hubiese visto sus cadáveres sería otra cosa.

Los puños de los dos compañeros de Mark se abrían y cerraban convulsivamente.

Eran hombres acostumbrados a la violencia, y aunque eso les costara convertirse en forajidos para toda la vida, sentían deseos de liquidar allí mismo a Robinson.

Por mucho menos habían dejado a hombres tendidos para siempre a lo largo de su ruta.

Pero Mark no había olvidado los tiempos en que llevaba una estrella al pecho. La idea de convertirse en un asesino buscado por la ley, resultaba insoportable para él. Por eso intentó mostrarse razonable.

—Veamos, Robinson, usted reconocerá que hemos traído el oro por la ruta más difícil. Pudo haber comprado los lingotes en otro sitio, y seguramente hubiéramos llegado vivos todos los que salimos con la expedición.

—Nadie tiene que decirme dónde he de comprar el oro. El precio del metal fluctúa continuamente en este país, según las circunstancias, y el de Laredo me resultaba mucho más barato; diez dólares por barra menos que en otros lugares, contando los gastos de conducción. Por eso lo compré.

—Sin embargo, los peligros eran enormes, y usted lo sabía. Han muerto cuatro hombres. Justo es que los gastos de conducción no le resulten más caros, pero tampoco más baratos. Pague la suma convenida, nosotros nos la repartiremos y todo quedará en paz.

Robinson hizo un gesto negativo. Era un tipo acostumbrado a luchar y que se sabía fuerte, amparado por la ley. Además, no tenía miedo.

—Yo me aferró a lo pactado. Era una suma por cada hombre. Ustedes se presentan tres. Aquí tienen tres partes.

Mark sintió que, instintivamente, la mano se le iba hacia el revólver.

Y quizá hubiera disparado, sin medir las consecuencias, de no haberse abierto en aquel instante la puerta del despacho, entrando en él una mujer.

Mark sintió que se le abría la boca, con asombro.

Ya se le habían difuminado un poco en la memoria las facciones de Norma y además, sabido es que, por un curioso fenómeno, el rostro de la persona amada resulta inconcreto a nuestros recuerdos, mientras que recordamos con perfección caras de personas que nos son del todo indiferentes. No resulta extraño, pues, que Mark tuviera la sensación de que aquélla era la muchacha más bonita que había visto en su vida.

Robinson se volvió hacia ella.

—¿Qué haces aquí, Marian? Nadie te ha llamado.

Una cosa que hizo doblemente repulsivo a Robinson a los ojos de Mark fue el hecho de que un tipejo como él tuviera una esposa tan linda.

—No la merece —masculló—. No la merece de ningún modo.

—¿Qué es lo que no merezco?

—Esa mujer.

—No es mi esposa; es mi hija.

—¡Ah!

Sin saber por qué, Mark se sintió aliviado.

Los ojos de la muchacha, que iba maravillosamente vestida, estaban posados en él, muy inmóviles, muy quietos, casi obsesionantes.

—¿Quiénes son estos hombres, papá?

—Vigilantes de las conducciones de oro.

—¿Y por qué discutíais?

—Quieren la parte de sus compañeros muertos y que envíe no sé qué a una viuda.

—Lo de la viuda me parece justo.

—¡Tú no te metas en esto!

—Repito que me parece justo.

—Sea, lo haré por no disgustarte y por no prolongar más esta discusión estúpida. Cobrarán también la parte de la viuda, con la condición de que le envíen el dinero.

Mark miraba fijamente a la chica. Ni él mismo se daba cuenta de que sus ojos eran atraídos por aquel cuerpo como por un potente

imán.

Seguía línea a línea aquella escultura mórbida, aquel maravilloso conjunto de curvas que tenían, sin embargo, la gracia juvenil y virginal de las de una ninfa.

—Por supuesto, enviaremos el dinero a la viuda —susurró—, pero queda en pie la parte de los muertos.

—No es enteramente justo que ustedes reciban billetes a cambio de la sangre de los que cayeron —musitó ella.

—Nunca lo había pensado de ese modo y, en efecto, reconozco que es desagradable pagarse unos cuantos *whiskys* con la sangre de los que ya no volverán. Hasta es innoble. Pero más innoble aún es que el dinero se lo quede su padre.

Los dientes de Robinson rechinaron.

—Dales al menos la mitad, papá.

—¡Tú te callas!

—En las discusiones, cada uno tiene su parte de razón. Yo supongo que si tú cedes en la mitad ellos también estarán dispuestos a ceder.

—¡Así no se hacen negocios, Marian! ¡Con esa política, no tendríamos un dólar!

¡Cuando uno sabe que tiene la ley y la fuerza a su lado, no debe ceder!

—Pues me parece que ellos no están dispuestos a ceder tampoco.

—¡Les daré el veinticinco por ciento de la parte de los muertos!

La muchacha miró a los ojos a Mark.

Se dio cuenta de que en aquellos ojos había algo desconocido, remoto, algo que le hizo sentir en la espalda un escalofrío de miedo, pero también de placer.

Se daba cuenta instintivamente de que la pasión más desatada, de que la locura más gloriosa podía encontrarse entre los fuertes brazos de aquel hombre.

—Más vale que aceptemos —dijo Mark—. Será el modo de cortar esta discusión odiosa.

—Tú has sido *sheriff*, Mark —dijo uno de sus compañeros—. Tú sabes mejor lo que nos conviene hacer.

—¿Ha sido *sheriff*? —Gruñó Robinson.

—Sí, de Santa Fe.

—Santa Fe... Hermosa ciudad. Tengo el propósito de abrir un

Banco allí, amigo.

—Tendrá el terreno difícil. Allí hay ya un cacique llamado Barton.

—Lo he oído nombrar, pero no importa. Hay riqueza para todos en una comarca como aquélla. Hala, a corar y a largarse.

Todos cobraron lo que correspondía y firmaron sus recibos. Mientras lo hacían, Mark notó que los ojos de Marian no se apartaban de los suyos.

—¿Se vuelve usted, forastero? —preguntó.

—Regresaré a Santa Fe lo antes posible. Sólo quiero hacer un par de conducciones de oro más.

—Ya sé que en este oficio los hombres duran poco, y que muchos lo aceptan para hacer dinero rápido. ¿Usted para qué necesita el dinero, Mark?

—Para casarme.

Marian apretó un momento los labios.

Por sus ojos pareció pasar como una rápida nube, pero en seguida hizo un gesto suave, lleno de distinción, como si hubiese escuchado una tontería.

—¿Casarse? Es usted muy joven.

—Ella también lo es.

—La quiere mucho, ¿verdad?

—Mucho.

Marian tenía los ojos cerrados. A través de sus pestañas aquellos ojos brillaban quedamente, extrañamente, como una promesa.

—Pero ¿de qué estamos hablando aquí? —Gruñó Robinson—. ¿De negocios o de amor? ¡Hala, fuera, fuera!

Los hombres se largaron.

Pero Mark tenía la sensación de que pronto volvería a encontrar a Marian. Y, en efecto, así sucedió.

* * *

Fue del modo más normal, más rutinario, en las ciudades del Oeste, aunque también del modo más peligroso.

Mark estaba sentado en la silla de mimbre de un porche, descansando después de las terribles y agotadoras jornadas vividas, cuando vio a Marian entrar en un almacén situado justo en el porche frontero.

La muchacha, realmente, parecía una reina.

No tenía nada de extraño que la siguieran ávidamente las miradas de todos los hombres. Aunque ella no hacía ningún caso, como si ya estuviera habituada a aquella muda pleitesía.

Mark vio cómo tres tipos se sentaban en los peldaños del porche, ante la puerta del almacén, y encendían sus pipas calmosamente. Por su aspecto de granujas y por las miradas inequívocas que de vez en cuando dirigían al interior, el joven adivinó que estaban esperando la salida de Marian.

Decidió estar atento.

Repartía plomo casi por costumbre, de modo que no le importaría hacerlo una vez más.

Cuando estaba mirando fijamente a aquellos hombres, alguien le tocó la espalda.

Mark alzó la cabeza. Tuvo una sorpresa al ver a Robinson.

—He de hablar de un negocio, amigo. Venga a mi despacho.

—Yo sólo hablo de negocios con usted en la calle. No merece otra cosa.

—Está equivocado, Mark. No cumplo los compromisos que no he aceptado, pero sí los que acepto. Si yo le encargo un trabajo, puede tener la seguridad de que cobrará.

—¿Qué clase de trabajo?

—Me han ofrecido oro aún más barato en San Luis.

—¿Y quiere usted que vaya a buscarlo?

—Usted y sus hombres, aparte de los que quiera contratar más. Me he dado cuenta de que no tengo más remedio que recurrir a ustedes. No se encuentran fácilmente tipos dispuestos a jugarse la piel.

—San Luis está muy lejos. Demasiado lejos.

—Todo es cuestión de precio.

Mark pensó rápidamente que un solo viaje, aunque en él emplearan más tiempo, le bastaría para volver con dinero a Santa Fe. Quizá, después de todo, valiese la pena. —Queremos el diez por ciento del precio del transporte— dijo—. A repartir.

—Es mucho...

—Entonces, déjelo.

Robinson reflexionó velozmente, mientras hacía sus cálculos. En un solo instante su cerebro ágil y despierto calculó que la operación

le resultaba muy beneficiosa, incluso calculando riesgos. De modo que dijo con una sonrisa:

—Acepto.

—Firmaremos el contrato dentro de una hora en su despacho. Mientras tanto, voy a escribir una carta.

—Como quiera.

Puesto que Mark estaba sentado en el porche de un *saloon* a aquella hora tranquila de la tarde, no tuvo más que entrar en el local, situándose junto a una ventana, y pedir papel de escribir y pluma. Desde su puesto podía vigilar, al mismo tiempo, a los tres granujas que sin duda estaban esperando a Marian.

La carta que dirigió a Norma fue breve y sincera.

Le decía que había esperado regresar pronto, pero que a causa de un trabajo muy importante, de última hora, aplazaría su viaje. Así podría reunir más dinero para dar a Norma una vida digna.

Firmó, escribió el sobre, lo cerró y lo depositó en una estantería especial del mismo *saloon*, dejando un dólar para el franqueo. Precisamente allí recogían el correo los conductores de las diligencias.

Justamente había terminado de hacer aquello cuando vio que Marian salía del local frontero.

Los tres granujas se pusieron en pie y, contoneándose, se acercaron a ella.

Sin duda la muchacha no había reparado en su presencia, porque hizo un gesto de sorpresa. Los tres eran forasteros e iban bien armados. Debían creer que Kansas City era una ciudad sin ley, en lo cual, desde luego, no les faltaba algo de razón.

—¿Por qué tanta prisa, nena?

—¿Qué ha comprado ahí dentro? ¿Una combinación?

—Pero a nosotros no nos interesa lo que has comprado. Sólo queremos ver la que llevas puesta.

—Vamos, sé buena y enséñala.

—También queremos saber cómo haces mua, mua con esos labios tan bonitos.

Entre los tres la abrazaron. Sabían que el *sheriff* no se encontraba en la ciudad, sino realizando una batida por las cercanías. Lo que ignoraban era que Marian se trataba de una de las chicas más importantes de la ciudad, porque, de lo contrario, quizá

no se hubieran atrevido con ella.

Sin embargo, y de momento, Marian estaba indefensa.

La calle aparecía parcialmente vacía, más frecuentada por mujeres que por hombres. Era muy improbable, ausente el *sheriff*, que alguien se atreviera con tres hombres armados por causa de una muchacha a la que, al fin y al cabo, sólo iban a rasgar un poco la ropa.

Pero Mark se puso en pie.

El duelo, la sangre, la muerte, eran para él una cosa rutinaria, casi una aburrida costumbre.

Dijo desde el otro lado del porche:

—Eh, compañeros.

No le hicieron caso. Uno de ellos besaba ya a la chica. Pensaron que aquel pelma ya se cansaría.

Pero Mark insistió:

—Estoy eligiendo a quién matar primero. Y de momento hay uno que gana el sorteo. Aquel lenguaje lo entendieron perfectamente los tres granujas. Y los tres se volvieron a la vez, temiendo ser el elegido.

El aspecto de Mark, ligeramente indolente, tranquilo como un verdugo, ya indicaba que se trataba de un tipo peligroso y acostumbrado a matar, pero no dejaba de ser un hombre solo.

Enfrentarse con tres pistoleros a la vez, a menos de doce pasos, era una locura.

—No lo hagas, Mark —susurró Marian—. Vas..., vas a morir.

—Morir y matar es mi oficio.

Los tres granujas se habían distanciado. Tenían las manos a la altura de los revólveres.

—Puedes reflexionar, amigo. Te damos una oportunidad.

—Soy yo quien os la da a vosotros.

—Pues ya hemos decidido: dentro de unos segundos estaremos sentados los tres encima de tu cadáver.

—Os advierto que he matado a muchos hombres. Tantos, que yo mismo no recuerdo el número. No me importará matar tres más, pero tampoco me importaría matar tres menos. Largaos de aquí y todo quedará olvidado.

—Nosotros nos largaremos... luego. Tú, en cambio, te vas a quedar.

Movieron todos sus manos a la vez, sin previo aviso. Llevaban dos revólveres cada uno.

Se produjo un grito unánime entre los que presenciaban el desafío.

Pero el grito más agudo, más angustioso, fue el de Marian.

—¡Nooooo...!

Mark sacó el revólver con una velocidad centelleante, pero también con tranquilidad absoluta. Estaba habituado a aquella clase de situaciones, ya casi rutinarias para él. Tres balas partieron de su revólver en menos de un segundo. Fue algo instantáneo, asombroso, que los habitantes de Kansas City no habían visto quizá jamás.

Los tres hombres se doblaron, alcanzados mortalmente, pero uno de ellos había logrado disparar.

Mark, sin moverse, los vio caer. Uno con la cabeza perforada, el otro llevándose las manos al corazón, y el tercero metiéndose los dedos angustiosamente en el boquete que la bala le había abierto en el vientre.

Pero Mark se dio cuenta de que él había cometido un error. Mejor dicho, le habían fallado las facultades, a causa de una fatiga de la que no estaba recuperado aún. El viaje infernal desde Laredo le había afectado más de lo que creyó. En otras circunstancias se hubiera arrojado a tierra en el momento de disparar, para no ofrecer tanto blanco, pero en esta ocasión sus músculos no le habían obedecido bien.

Vio la mancha de sangre en su pecho.

El mismo se la contempló lejanamente, con indiferencia, como si la herida fuera de otro y no suya.

—No tiene importancia —gruñó.

Descendió del porche y caminó unos pasos tranquilamente, hacia el centro de la calle.

—Puedes marcharte, Marian —susurró—. Todo está resuel...

De pronto fallaron sus rodillas.

El mismo no llegó a darse cuenta de lo que le sucedía. Era una sensación dulce, lejana, indefinible.

Sus ojos se nublaron, oyó un grito de Marian y cayó pesadamente a tierra.

CAPÍTULO VIII

La voz de aquel hombre parecía llegar desde algún sitio muy remoto.

—Fue una locura... ¡Enfrentarse con tres pistoleros a la vez! No comprendo cómo este hombre no se desangró rápidamente.

Luego se hizo el silencio.

Marc tenía la sensación de que su propia vida iba y venía, igual que aquella voz.

Luego volvió a escuchar:

—Menos mal que han transcurrido ya tres días —siguió diciendo la voz—. Creo que lo peor ha pasado. Después de haberle extraído la bala, y ya dominada la hemorragia, la naturaleza de este hombre se irá imponiendo lentamente. Desde luego, es un auténtico toro.

Mark se sobresaltó.

—¡Tres días!

¡Había estado tres días sin sentido, después del duelo!

Pudo abrir los ojos y se dio cuenta de que estaba en una habitación empapelada de colores claros, con dos ventanas que seguramente daban a la calle, a juzgar por los ruidos que entraban a través de ellas. Las sensaciones habituales de la vida iban volviendo poco a poco a los sentidos de Mark. Éste pensó que se encontraba en una habitación del hotel, aunque desde luego, de las mejores que había visto.

—Mire... Ya abre los ojos.

Mark giró la cabeza. Un hombre de mediana edad le examinaba de cerca. Sin duda era el médico, el que había hablado antes. Detrás estaba una mujer a la que conocía bien:

Marian.

Marian le sonrió, pero todo producía a Mark la misma sensación

de lejanía.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor.

—¿Sabes que has estado entre la vida y la muerte?

—Me... empiezo a dar cuenta.

—Tenías una bala alojada en el pulmón izquierdo. Menos mal que un hueso la desvió. No sé cómo pudieron extraértela sin que murieras, Mark. Pero ahora tendrás que estar varios meses sin poder salir de la ciudad. Cualquier esfuerzo podría costarte la vida.

Mark susurró:

—Varios... meses sin... poder salir...

La imagen de Marian se le hizo borrosa, lejana, confusa. Tan lejana y confusa como la imagen de Norma, a la que ahora recordaba con toda su alma. Perdió otra vez el sentido.

* * *

Los días que siguieron fueron como una extraña pesadilla que, al mismo tiempo, estaba llena de intensos momentos de dulzura.

Mark no podía apenas moverse y a duras penas lograba ponerse unos minutos en pie cada día para asearse un poco. Le molestaba que Marian le viese con aquella barba.

Porque Marian iba a verle todos los días.

Era ella la que le había hecho trasladar a aquel hotel y ella la que pagaba la cuenta, aunque Mark no lo sabía.

El estaba seguro de que le presentarían la factura cuando abandonase aquella habitación, cosa que le parecía muy lógica.

Se sentía terriblemente débil, tanto, que tenía a veces la sensación de no ser el mismo. Sólo unos minutos en pie le producían vértigo. Al afeitarse, como sus dedos inseguros apenas podían sostener la navaja, se hacía profundos cortes, que luego eran objeto de las burlas de Marian. El joven no comprendía cómo podía sentirse tan mal.

El médico le explicó que, al extraer la bala, había perdido prácticamente toda su sangre.

—Otro no hubiese podido resistirlo, amigo. Lo que pasa es que usted es fuerte como un oso y, además, tiene el tesoro de su juventud. Pero la herida era de las que matan. Quedó sin pulso durante la operación y yo creí que había muerto.

Mientras le tomaba la temperatura, añadió:

—Un hombre en esas condiciones tarda meses en recuperarse. Todo su organismo está dañado, desde el cerebro hasta las uñas de los pies. ¿Verdad que no siente apetito?

—No, en absoluto.

—Mal asunto. Todo su cuerpo está aún medio muerto, no sé si me entiende. Es como si hubiera nacido y tuviera que formarse otra vez. Cuando empiece a comer normalmente, podrá hablarse de recuperación, no antes.

Mark se esforzaba en comer, pero era inútil.

Cualquier cosa le producía una sensación de vértigo y de náuseas.

Era como si su cuerpo se hubiera acostumbrado ya a la muerte y no quisiera aceptar las necesidades de la vida.

Marian venía todas las tardes y pasaba algunas horas con él.

Era una chica culta, distinguida.

Había leído mucho, aunque nunca quiso molestarse en estudiar en una Universidad. Decía que cuando la cultura se transforma en una obligación, cambia de aspecto.

Explicaba que se aburría junto a su padre, sólo obsesionado por amasar una fortuna.

—Pero luego será todo para ti.

—En el fondo, eso no me importa gran cosa. Hay algo que, para una mujer joven, es tan necesario como el dinero.

—Te comprendo, Marian. Y lo que no acierto a entender es por qué no te has casado ya. Muchos jóvenes deben perseguirte.

—Muchos.

—¿Y por qué no aceptas a ninguno?

—Por una cuestión de carácter, tonto... ¿Es que no lo comprendes? A una siempre le gusta el que no puede ser.

E, inclinándose, le besó en los labios suavemente. Fue la primera vez que sus bocas se unieron. La primera vez que entre los dos pareció palpar un secreto.

* * *

Habían transcurrido dos meses y Mark se sentía realmente mejor. Pero el médico siempre insistía en que podía morir de un momento a otro.

—Todo esto es engañoso. Vaya con cuidado, joven.

Y no piense en abandonar la ciudad porque sería un suicidio.

Mark y Marian daban largos paseos, a veces, por la pradera solitaria, pero la muchacha no quería que su padre se enterara.

—Quiere casarme con un tal George Leimer —explicó—. George es el hijo de un banquero competidor y con la boda se unirían dos grandes fortunas. Por eso no quiero que nos vea juntos.

—Y por eso yo quiero irme cuanto antes, Marian.

—Tonto... Aún no estás en situación.

Naturalmente, Mark había perdido el trabajo que le encargó Robinson para buscar lingotes de oro en San Luis. No ganaba absolutamente nada y por eso ansiaba iniciar cuanto antes su vida normal.

Pero el médico siempre se lo negaba.

—Ni hablar, ni hablar... Está usted loco, joven.

En sus paseos con Marian pocas veces hablaban de los dos, de sus problemas personales. A veces, sin que mediara palabra, se besaban los dos en silencio. Era como si el tiempo lo borrara todo, como si anulara el recuerdo de Norma. Pero Mark, durante las noches, la recordaba hasta la obsesión, y a veces creía tenerla junto a él.

Cierto día, un médico forastero, de gran fama, pasó por Kansas City. Mark fue a verle al hotel y logró que le visitara. Le preguntó cuándo podría hacer vida normal.

—La vida normal pudo usted hacerla ya el mes pasado, amigo.

—¿Qué... quiere decir?

—Que lo encuentre perfectamente.

—Pero es que el médico que me atiende dice que... puedo morirme de un momento a otro.

El galeno lanzó una carcajada.

—Mi ilustre colega, por las razones que sean, quiere retenerlo aquí, amigo. Pero usted pudo largarse de la ciudad hace tiempo. Vuelve a estar fuerte como un percherón.

Mark pagó sus honorarios al médico y aquella tarde, cuando Marian y él dieron su acostumbrado paseo, preguntó:

—¿Por qué has querido retenerme en la ciudad, Marian?

—¿Yo?

—El médico me ha estado engañando, y supongo que lo ha

hecho por encargo de alguien. Es decir, por encargo tuyo.

—No digas tonterías...

—Más vale que nos atengamos a realidades, Marian. Yo nada te reprocharé. Te estoy demasiado agradecido para, encima, acusarte de algo.

Los ojos de Marian brillaron. Su cuerpo de muchacha bien cuidada, bien alimentada y bien vestida, se tensó un momento.

—Quería retenerte en la ciudad para que olvidaras a aquella otra mujer.

—¿Olvidarla? ¿Qué ganabas tú con eso, Marian?

—¿No lo comprendes?

Sus ojos seguían brillando, su cuerpo se mantenía tenso.

El viento cálido, silbando entre las hojas de los árboles, era como un cómplice y como una caricia.

—¿No te das cuenta de que nuestras vidas pudieron cambiar, Mark?

El bajó la cabeza.

Nunca se había sentido tan confuso, tan desorientado como en esos instantes.

Se encontraba mucho más seguro ante un revólver que ante el mundo misterioso de los secretos de una mujer.

—Hay muchas cosas que nos separan, Marian.

—¿Por ejemplo, la otra mujer?

—Le prometí volver. Pero no es sólo eso.

—¿Hay más?

—Nuestra diferencia de clase. Tú eres hija de un millonario; yo soy un pobre diablo que vive de su revólver.

—Eso no importa.

—Si alguna vez yo pensara casarme contigo, tendrías que ser pobre como yo. Es decir, tendrías que renunciar a muchas cosas a las que no es justo renuncies.

—Tampoco lo haría.

—Nunca me casaría con una mujer más rica que yo.

—Mi padre necesita un hombre como tú, Mark.

—Es una cuestión de principios.

Las preguntas y respuestas eran rápidas, casi agresivas, entre los dos.

—Lo que ocurre es que tú todavía piensas en aquella mujer.

—No lo he negado nunca.

Marian apretó los labios.

—Entonces, está bien... ¡Vete con ella! Yo nunca le disputaré su presa a una muerta de hambre. Que se quede con su botín; que lo devore ella.

—No eres justa, Marian. Ella nada me pidió y me lo dio todo. Tú me pides que renuncie a lo único que me queda, que es mi dignidad de hombre libre que no debe nada a nadie.

Ella sonrió abruptamente.

Estaba despechada, porque había pensado que Mark aceptaría agradecido su oferta. Por un momento sintió el deseo, casi la necesidad física, de ser cruel.

—Los hombres tenéis mucha dignidad... ¡Mucha! Hablas de no deber nada a nadie y yo te he pagado las facturas del médico y las notas del hotel.

Mark alzó la cabeza. Por unos momentos en sus ojos se reflejó la sorpresa más viva.

—Marian..., ¿qué dices? Yo creí que eso tendría que pagarlo ahora.

—Pues yo lo he pagado ya.

—No debiste hacerlo, Marian. Yo lo ignoraba. Supongo que a tus ojos he jugado un triste papel en todo esto.

—Si fueras un poco listo jugarías el papel que yo te asignase.

—Nunca me he resignado a obedecer a una mujer, Marian.

—Yo no te pido que me obedezcas. Yo te pido que...

Se interrumpió. Se miraban los dos fijamente. Había en sus ojos algo que ninguno de ellos sabía explicar.

Pero Marian se dio cuenta de que Mark era un indomable, de que nunca aceptaría las órdenes ni la dependencia de nadie.

El susurró:

—Voy a pagar mi deuda, muchacha.

—No sé de qué modo.

—Muy sencillo. Preguntaré al médico y al dueño del hotel cuánto has pagado. Todo ello lo ingresaré hoy mismo en el Banco de tu padre.

—¡No lo harás!

—Estás acostumbrada a que los hombres te obedezcan, ¿verdad, Marian? Y en este caso quieres tener un poder sobre mí.

—¡Mark!

Pero Mark ya había dado la vuelta. Ya se dirigía a paso vivo hacia la ciudad, despreciando el carruaje de la muchacha.

Habló sin pérdida de tiempo con el médico y con el dueño del hotel, tal y como había prometido. El médico le confesó, avergonzado, que, en erecto, lo había estado engañando por orden de Marian.

Las dos cuentas sumaban casi exactamente todo lo que el joven tenía. Era increíble el precio de una operación, de Varios meses de asistencia médica y de estancia en el mejor hotel de la ciudad. De haber podido elegir Mark, habría buscado, sin duda, un lugar más modesto.

Pero ahora ya estaba hecho.

Después de hacer el ingreso a nombre de Marian Robinson, en el propio Banco de su padre, se encontró casi tan pobre como al empezar aquella serie de aventuras. No le quedaba la menor posibilidad de volver a Santa Fe para ofrecer a Norma una vida digna.

Aquella misma noche supo de un individuo que buscaba en Kansas City hombres dispuestos a todo, para proteger las conducciones de oro hasta los Bancos de Chicago. Parte del viaje se hacía a caballo y el resto en ferrocarril, pero el trabajo era cada día más peligroso.

No sabía que el trabajo, que aquella nueva pesadilla, iba a durar tres años.

CAPÍTULO IX

El hombre que regresó a Santa Fe aquel atardecer de junio recordaba en muy poco al joven *sheriff* que salió de allí casi cuatro años antes, dispuesto a hacer fortuna rápida para casarse cuanto antes con la mujer a quien quería.

Seguía siendo muy joven, pero una expresión distinta asomaba ya a su rostro. Era la expresión del que lo ha visto todo y lo ha vivido todo, del que ha conocido el sabor de la sangre y de la muerte, la expresión del que necesita aferrarse a sus recuerdos para seguir teniendo fe.

Eran los recuerdos los que empujaban a Mark.

La iglesia en que pensó casarse había cambiado de aspecto. La calle principal era mucho más larga. Santa Fe se había extendido como una serpiente en la llanura y, en lo alto, sobre la colina, destacaba el nuevo palacio de Barton.

Había nuevos hoteles.

Mientras avanzaba al paso lento de su caballo, Mark iba observando a un lado y otro los viejos rótulos, muy pocos de los cuales habían subsistido. Las lluvias y los calores resquebrajaban la madera y devoraban la pintura. Casi todas las caras que veía Mark en su lento avanzar, le eran desconocidas.

Pasó ante la oficina del *sheriff*, su vieja oficina. Un fulano gordo, que fumaba una pipa ante la puerta, le miró con curiosidad. Aquel fulano ya no era el buen amigo Thompson. Éste se acariciaba a cada momento la estrella, como si quisiera sacarle brillo. ¿Dónde estaría Thompson? ¿Habría muerto? ¿Estaría su tumba en cualquier lugar del pequeño cementerio?

Mark seguía avanzando.

El corazón se le encogía, le hacía daño en el pecho.

Durante casi cuatro años no había tenido noticias de Norma. Ella no contestó a ninguna de sus cartas. No sabía ni siquiera si continuaba viviendo en Santa Fe. O si estaba viva.

Un *saloon*.

Dos.

Un poco más allá el mejor, aquél en que había debutado Norma. Mark vio los hermosos decorados exteriores, los grandes carteles y, sobre la puerta, en grandes letras rojas, un nombre que le dejó sin respiración:

GRAN «SALOON» DE NORMA

Véala actuar todas las noches No pase de largo. La mujer más bonita de Arizona tiene una cita con usted.

CAPÍTULO X

Mark descabalgó lentamente.

Aunque no era muy amigo de hacer números su cerebro calculó de una forma casi involuntaria cuánto valdría aquel local. Curiosamente ésa fue su primera reacción: admirar la riqueza de todo aquello. El edificio tenía cuatro pisos y era el mejor de la ciudad. Mark se dijo que, si Norma era la dueña de todo aquello, podía ser considerada una mujer muy rica.

La muchachita que fue suya, la que le pidió casi de rodillas que se casara con él, ya parecía haberse borrado de sus recuerdos.

Por muchos esfuerzos que hacía, Mark no recordaba su cara, su cuerpo. Era como una sombra, y sin embargo, no había podido arrancarla de su corazón, nunca había conseguido extirparla de su vida.

Mientras amarraba su caballo, el antiguo *sheriff* de Santa Fe sentía que el corazón le hacía daño en el pecho.

Sus dedos temblaron. Una emoción que no había sentido nunca, algo que no sabía definir, le atenazaba la garganta.

Norma estaba allí. Norma se encontraba tal vez a unos pasos.

Pero Mark no se atrevió a entrar.

Temía el choque crudo, brutal, con sus recuerdos hechos realidad. Le daba miedo ver lo que había sido de sus sueños.

Cruzó la calle y entró en el Banco. Últimamente había hecho sus giros de dinero allí, a nombre de Norma.

El empleado recordó en seguida el asunto. Miró a Mark con extrañeza, como si llegase de otro mundo.

—Ah, sí... Todo ese dinero lo tiene usted a su disposición. La señorita Norma se negó a aceptarlo.

—¿Desde el principio?

—Sí, desde el principio. Primero, trabajó en un almacén. Luego, los hombres empezaron a rondarla... Ya sabe usted...

Los nudillos de Mark blanquearon sobre la mesa.

—Pero ¿qué le ocurre, señor?

—Na..., nada...

—Para que usted sepa a qué atenerse, le diré que la señorita Norma posee una gran parte de este Banco. Casi es la dueña, en compañía del señor Barton. El otro Banco importante de la ciudad es ahora el del señor Robinson, que abrió sus puertas hace una semana. Mucho me temo que entre los dos va a haber guerra. Pero, señor... ¡Oiga, señor!

Mark ya no le oía.

Con la mirada perdida en el vacío, había salido lentamente.

CAPÍTULO XI

Sobre la calle flotaba el mismo polvo dorado que en otro tiempo. Las campanas de la iglesia remozada tañían lentamente. Una sensación de paz y de olvido descansaba sobre la ciudad, donde el tiempo parecía haberse dormido.

Pero Mark sabía que eso no era verdad.

El tiempo había pasado irremediablemente, se había extinguido, y el tiempo nunca vuelve atrás. La muchachita desvalida a la que él dejó, era ahora la dueña del mejor *saloon* de la ciudad y casi dueña del Banco..., en sociedad con Barton. La mujer a la que él conoció tendida en el polvo, a punto de ser violada, junto a los restos de una caravana, podía ahora acostarse, si le apetecía, en una cama de oro.

Y acompañada tal vez.

Mark no sabía lo que sentía. Sólo se daba cuenta de que su vista se había nublado y de que distinguía las cosas confusamente. No era odio, no era rencor. Era como una lejana angustia, como la sensación de que toda su vida había sido un mortal fracaso. De que los peligros, las noches interminables en vela, el contacto diario con la muerte, no habían servido de nada... ¡Sólo habían servido para que también se extinguiesen, como se extinguía el tiempo!

Penetró en el *saloon*. Empujó los batientes con el pecho, lentamente, recreándose en su propio dolor.

Todo el decorado era nuevo y de primera calidad. No se encontraban locales así en aquella parte del Sudoeste. La barra era inmensa, y aún lo parecía más al estar sin clientela ahora. El escenario, amplio. Las mesas y sillas dignas de un hotel del Este.

La mirada de Mark paseaba lenta y dolorida sobre cada relieve de aquel local, de aquel mundo desconocido y que significaba el fin de sus sueños, el fracaso de su vida entera.

Y sus ojos se posaron entonces en la figura de la mujer que, sentada a una mesa, repasaba con lentitud un gran libro de contabilidad.

Ella alzó los ojos a su vez al sentirse mirada. Aquellos ojos se encontraron con los de Mark a través de la distancia, a través del tiempo que no vuelve, pero que siempre nos acompaña.

El silencio en el local, donde estaban ellos dos solos, era absoluto.

Mientras Mark avanzaba hacia ella, sin dejar de mirarla, Norma se puso en pie lentamente.

CAPÍTULO XII

No había cambiado mucho.

Tres años habían borrado de ella los últimos vestigios de la adolescencia, pero eso era todo. Antes, cuando Mark la vio por última vez, ella era todavía una muchacha. Ahora se había transformado en una mujer, en la más hermosa mujer que jamás contemplaron los ojos del antiguo *sheriff* de Santa Fe.

Vestía de negro.

La pieza delgada de tela se ceñía a sus formas sin disimular el menor relieve de su cuerpo turbador. Antes al contrario, los realzaba suavemente. Sus labios eran más rojos y turbadores que antes. Sus ojos más inmensos y profundos.

Aquellos ojos se entornaron al ver avanzar a Mark.

Éste se detuvo a dos pasos y ambos parecieron respirar el silencio. De pronto fue como si el tiempo extinguido volviera a nacer. La extraña magia de los recuerdos atenazaba a Mark, pero ella lo rompió con sus palabras:

—Siéntese, señor.

Mark tomó asiento al otro lado de la mesa, sin dejar de mirarla.

—Tome usted lo que quiera, la casa invita.

—Un *whisky*.

Norma hizo una seña al único camarero que había tras la barra y éste se acercó trayendo una botella y un solo vaso sobre una bandeja de plata. El *whisky* era del mejor; Mark supo apreciarlo solo al ver la etiqueta.

—¿Usted no bebe?

—No —dijo Norma suavemente—. Nunca bebo con los clientes, gracias.

La mano de Mark se movió sola.

No supo por qué lo hacía.

De pronto, el *whisky* que contenía su vaso saltó hacia la cara de Norma. Ella ni siquiera parpadeó. Se limitó a extraer un pañuelo de una de sus mangas y a limpiarse lentamente el rostro.

El camarero que había tras la barra fue a sacar un revólver, pero Mark lo inmovilizó con un solo gesto. Bastó ver cómo Mark movía la mano derecha para saber que se trataba de un profesional.

—No has cambiado nada —musitó Norma—. Sigues siendo el *sheriff* de Santa Fe.

—Yo no soy nada.

En aquel momento se oyeron disparos en el exterior. Siguiendo un impulso instintivo, el camarero se agazapó bajo la barra.

Mark apenas se movió.

Los disparos eran su mundo habitual, eran desgraciadamente, su modo de ganarse el pan. Sin un parpadeo se puso en pie y avanzó poco a poco hacia la puerta.

La escena que estaba ocurriendo en la calle era habitual en según qué ciudades del Oeste, pero no por ello dejaba de ser repulsiva. Dos hombres acababan de asesinar a sangre fría a un tipo de mediana edad que llevaba una cartera bajo el brazo. El tipo había caído de bruces y la cartera se iba empapando de sangre. Los dos hombres que lo habían asesinado, dos fulanos con aspecto de pistoleros profesionales, estaban junto a él, contemplándolo, sin guardar siquiera sus revólveres humeantes.

El *sheriff*, el hombre gordo a quien Mark había visto antes a la puerta de su antigua oficina, acudió presurosamente. Sus facciones estaban llenas de sudor cuando gritó:

—¡Joe! ¡Murphy! ¡Daos presos!

Los otros dos se limitaron a mirarle, pero sin guardar los revólveres. Incluso uno de ellos le miró burlonamente.

—Largo de aquí, cebón.

—Habéis matado a un hombre a sangre fría. ¡Yo lo he visto!

—Lo ha visto todo el mundo. ¿Y qué?

—¡Daos presos! ¡Yo soy la ley!

Uno de los pistoleros se llevó la mano izquierda a las narices y se las sonó estruendosamente.

—Métase la ley donde le quepa, *sheriff*. Hala, largo de aquí.

—¡He de deteneros! Luego el juez decidirá lo que hay que hacer,

pero ahora..., ¡ahora no os opongáis!

Ese tipo era un alto empleado del Banco de Barton, y nosotros trabajamos para el de Robinson —declaró tranquilamente uno de los asesinos—. Demasiado sabe ya que en estos asuntos no puede meterse, *sheriff*. Hala, largo de aquí.

Las gotas de sudor resbalaban por el rostro del hombre gordo. Se leía la angustia en sus ojos. Hubiera querido cumplir con su deber, pero le bastaba ver a aquellos dos asesinos para sentir que le temblaban las rodillas.

Al fin tomó una decisión. Se encogió de hombros.

—Bueno... —dijo, guardando el revólver—. ¡Para lo que pagan aquí...!

Mark, desde la puerta del *saloon*, volvía a tener otra vez la sensación de que en aquellas calles aún tenía la obligación de imponer la ley.

Las palabras surgieron sin que su voluntad interviniera.

—Daos presos, amigos. Haced lo que el *sheriff* os dice.

Los dos asesinos le miraron. Sólo al ver sus ojos comprendieron que estaban ante un profesional. Pero no iban a dejarse enchironar por detalle más o menos.

—¿Y a ti quién te ha llamado?

—Yo mismo.

—Tenemos los revólveres en las manos. Más valdrá que...

No dijeron una palabra más. Mark comprendió que iban a disparar.

Se movió con rapidez alucinante, saltando hacia un lado del porche, mientras desenfundaba su revólver.

Dos detonaciones brotaron seguidas. Los dos hombres se estremecieron, alcanzados en el cuello, mientras soltaban sus armas.

Todo había sucedido con tanta rapidez, que el *sheriff* actual apenas tuvo tiempo de parpadear dos veces.

Se acercó a los muertos, mientras Mark enfundaba el revólver y los miró como un alucinado.

—Oiga... Eran dos magníficos pistoleros. ¿Cómo cuerno lo ha conseguido?

—Apretando el gatillo.

Al gordo le chorreaba ya el sudor por todo el cuerpo. Miró a Mark con más detalle.

—Oiga, usted..., usted es Mark... ¡Había sido *sheriff* de esta ciudad, qué cuernos!

—Sí, pero de eso ya hace mucho tiempo. Demasiado tiempo.

—¿Yo? ¡Infiernos! ¿Por qué no acepta la estrella otra vez?

—Supongo que usted la pidió, amigo. Quédesela.

—Escuche, yo...

—¿Qué le ocurrió a Thompson?

—Fue mi antecesor... El... Bueno, pobre chico... Unos tipos que armaban camorra lo mataron por la espalda.

Mark apretó los labios.

Había visto morir a muchos amigos en tres años, pero no podía evitar que lo de Thompson le afectara profundamente. Tuvo que cerrar los ojos un momento para que no se viera el velo gris y triste que había cruzado por ellos.

—Descanse en paz —dijo roncamente.

Y volvió a entrar en el *saloon*.

Norma no se había movido.

Sus ojos quietos y profundos parecían mirar desde muy lejos la figura de Mark.

Simulaba estar muy tranquila, pero sus manos la delataban al temblar sobre la mesa.

—No has hecho más que desencadenar la guerra, Mark.

—La guerra estaba ya desencadenada. Pero me pregunto entre quién.

—Entre Barton y el nuevo banquero Robinson. Barton había hundido ya a Rudolf y se había convertido en el rey de Santa Fe. Su fortuna no ha hecho más que crecer en estos años. Pero Santa Fe es ya una tierra muy rica, y Robinson llegó con la intención de dominarla. Dice que no ha fracasado nunca y que no quiere fracasar aquí tampoco. Sus pistoleros han empezado a imponer la ley del terror y hasta los simples empleados de Barton mueren en la calle. Quiere que Barton se quede solo.

Mark dijo con un soplo de voz:

—Barton es tu socio.

—Sí.

Y te ha comprado todo esto.

—Sí.

La muchacha apenas despegaba los labios para hablar. Sus ojos

estaban cerrados.

—¿A cambio de qué, Norma?

Ella no contestó. Tenía las facciones rígidas. Sólo sus manos temblaban sobre la mesa.

El silencio en torno suyo era total. El aire y el tiempo parecían haberse inmovilizado para siempre.

—Una vez te pedí que te casaras conmigo, Mark.

—Es cierto.

—Yo no pedía nada... Yo sólo supliqué compañía y amor. Te lo supliqué por piedad. Tampoco tenía nada para darte, lo reconozco..., excepto cariño. Y eso sí que te lo entregué. Te lo entregué sin reservas, con toda mi alma, con toda mi ilusión.

—Es cierto —reconoció Mark.

Ahora era él quien había tenido que cerrar los ojos un momento. La sensación del tiempo perdido le quemaba en la garganta como una cosa física.

—Tú fuiste el primer hombre —susurró ella—. Nada se puede comparar al primer hombre, al primer amor, a la primera cosa en todo.

—¿Y luego? ¿Y los hombres que vienen después?

—Ellos ya no importan.

A Mark se le contrajo la garganta.

—¿Y son muchos?

—Cuanto más son, menos importan.

Mark había asido, sin darse cuenta, una de las manos de la muchacha por encima de la mesa. La apretó con una fría desesperación, con una extraña angustia. Se oyó un leve crujir de los huesos, pero Norma no pestañeó.

—¿Todo esto te lo ha dado Barton?

—Sí.

—¿Y los otros?

—Mark, yo no te hago preguntas.

—Yo, sí.

—Una vez te supliqué —susurró ella— y debieras saber que el tiempo no vuelve atrás. Yo nada te pedía... ¿Por qué te fuiste, Mark? ¿Por qué me dejaste sola, con mi angustiada soledad de mujer?

Mark cerró un momento los ojos otra vez. Cuando los abrió eran

fríos, inexpressivos como dos pedazos de hielo.

Soltó la mano de Norma.

—Yo había vuelto —musitó—. Había vuelto creyendo en ti.

—Ya ves que continuó viva.

—Pero estás manchada con las babas de Barton.

Ella no respondió. Su hermoso cuerpo tembló un momento, sólo un momento. Luego quedó quieta, con la mirada perdida en el vacío.

—¿No te defiendes? —susurró Mark.

Norma no respondió.

—Yo creía en ti... —susurró el hombre—. Durante tres años he luchado, he corrido peligros, he muerto un poco cada día sólo porque creía en ti. Porque me parecía que el mundo era poco para Norma, la única mujer a la que había querido en mi vida. Pero veo que el mundo ya lo tienes en tus manos y no me necesitas.

—Te felicito, Norma... Pero creo que no podré perdonarte.

—Yo tampoco te lo pido.

Mark sentía como si el fondo de sus ojos quemara. Le parecía estar asistiendo a su propio funeral. Para dominar sus emociones se puso en pie lentamente.

—¿Vas a irte de la ciudad? —preguntó ella.

—No. Tú mereces que me quede y me quedaré.

Depositó dos dólares sobre la mesa.

—Invita la casa —susurró Norma.

—A las bailarinas de los *saloons* las invita el hombre —dijo secamente Mark.

Y salió.

* * *

El nuevo establecimiento de Banca de Robinson estaba situado más abajo. Mark no lo había visto aún porque no había seguido toda la longitud de la calle principal, llegando solo hasta el *saloon*. El Banco estaba magníficamente instalado. Casi dos puertas más abajo, se encontraba el de Barton, de modo que la competencia no podía ser más ruda.

En el lugar donde se hallaba el establecimiento de Rudolf en otro tiempo, había ahora una cantina. Rudolf un simple prestamista al fin y al cabo, no había podido resistir el embate de los poderosos.

Mark se preguntó con amargura dónde estaría el reloj que un día le regaló su padre y el marco de plata que un día encerró el retrato de su madre. Tres años lo habían devorado todo. Sólo tres años eran ya como una montaña de tiempo.

Entró en el Banco de Robinson.

Vio a éste desde la puerta, tras el mostrador que separaba las oficinas del resto de la sala. Robinson estaba más grueso y más pálido; tenía el aspecto adiposo de los hombres que sólo se preocupan de hacer dinero. Un tipejo que estaba junto a él, señaló a Mark en seguida, como si viese a un aparecido.

—¡Ése! ¡Ése ha sido, señor Robinson! ¡Los mató como quien juega a los dados! ¡Guárdese de él! ¡Seguro que es uno de los asesinos de Barton!

Mark llegó lentamente al centro de la sala. Observó que el otro parpadeaba.

—Pero si es...

—Justo. Soy Mark.

—¿Y usted ha matado a dos de mis hombres?

—Estaban armando camorra y estropeando la circulación en la vía pública.

—¿Está usted a sueldo de Barton?

—Quiero que hablemos, Robinson.

—Oiga yo...

Mark le dio un empujón y le hizo entrar en su despacho. La entrada fue tan violenta que Robinson por poco se sentó de cabeza en la silla.

—Oiga, ¿qué quiere...?

Mark cerró lentamente a su espalda.

—Quiero que hablemos, Robinson. ¿Por qué esta lucha? ¿Qué interés ofrece Santa Fe para un millonario como usted?

Robinson sacó un puro de un cajón y lo mordió nerviosamente.

—Tiene muchos motivos de interés. En primer lugar, yo siempre había pensado abrir un local aquí, y mis locales siempre son los mejores. No admito competencias de nadie. ¡De nadie! En segundo lugar, tengo afianzados mis otros negocios y puedo dedicarme con todas mis energías a éste. En tercer lugar, por aquí pasará un ramal del ferrocarril y la ciudad subirá como la espuma. Si mi establecimiento de banca es el único, voy a ganar tanto dinero que

no sabré qué hacer con él.

—Ya no sabe qué hacer, Robinson. Ganar más es estúpido, pero no he venido por eso. Simplemente quiero luchar contra Barton.

—¿Ponerse de mi lado...?

—No digamos eso. Digamos simplemente luchar contra Barton.

—¿Por qué?

—Le odio. Le quiero hacer tragar uno a uno los besos que arrancó a una chica de diecisiete años.

—No le entiendo.

—Ni falta que hace por ahora. Dígame simplemente dónde están los pistoleros de Barton. Porque supongo que él también los tiene.

—Claro que sí... Y tan peligrosos y canallescos como los míos. Los encontrará reunidos en el *saloon* de Christie, al oeste de la ciudad. Hemos dividido tácitamente la ciudad en dos zonas. Una es suya, la otra mía. Aquel que venza se quedará con las dos.

—Entonces ya puede decir que usted ha vencido, Robinson.

—¡Oiga!

Mark estaba ya en la puerta. Se volvió.

—¿Qué, Robinson?

—No me ha dicho su precio.

¿Qué prisa hay?

—Yo sólo pago lo que prometo, nunca lo que no he prometido. Por eso le conviene discutir el precio ahora, Mark. Si no, luego diré que no hemos hablado de nada y no le pagaré.

—De acuerdo. Pero el precio va a ser caro, amigo. Quiero el *saloon* de Norma a cambio de la eliminación de toda la banda.

—No podré comprarlo.

—La parte de Barton sí que podrá.

—Eso sí.

—Para mí es bastante.

Robinson reflexionó un momento, haciendo números mentalmente. Al fin accedió.

—Si usted acaba con esos pistoleros, seré el amo y ganaré lo que quiera. Me conviene el trato.

—Okay.

Mark salió. Sabía dónde estaba el *saloon* de Christie, uno de los más sórdidos de la ciudad. Era en realidad un refugio para parejas que deseaban no ser vistas. Mark no sabía cuántos pistoleros iba a

encontrar ni qué táctica resultaría la más conveniente. Sólo sabía que no le importaba morir.

Todo cambia cuando uno desprecia la vida. Cuando sólo aspira a que le claven una bala entre ceja y ceja.

Entró en el *saloon*, empujando con lentitud los batientes. Vio a cuatro hombres reunidos en el local, sólo cuatro, jugando a las cartas ante una mesa.

Los cuatro levantaron la vista al verle.

Mark, que ya había recargado su revólver, se apoyó en la barra.

Vio que el único camarero que había tras ésta se deslizaba sigilosamente. El tipejo tenía miedo. Mark no temía ninguna traición de él, porque le conocía desde hacía años. Sabía que tenía miedo a disparar contra alguien, aunque fuera por la espalda.

—El *sheriff* de Santa Fe... —balbució el camarero—. El *sheriff* de Santa Fe...

Mark no lo era ya, pero lo había sido. ¿Qué más daba?

Los cuatro tipos seguían con los ojos fijos en él.

—¿Os paga Barton? —Gruñó Mark.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Yo quisiera entrar en la banda.

Los cuatro tipos parpadearon. Eran asesinos profesionales, no cabía duda. De sus años de *sheriff*, Mark recordaba al menos a dos de ellos, y por supuesto merecían la horca. Si los otros eran igual...

—Habla con Barton —dijo uno—. Nosotros no intervenimos en eso.

—Es que se da una circunstancia.

—¿Cuál?

—Yo ocupo mucho sitio. Para que yo entre tenéis que salir antes vosotros.

Vio que los cuatro tipos se ponían en pie, separándose lentamente. Habían comprendido. Sus labios se distendieron en cuatro sonrisas torcidas, al darse cuenta de que estaban ante un solo hombre.

—Tú lo que buscas es morir, amigo.

—Supongamos que sí.

—Si te paga Robinson vas arreglado. Porque estás a punto de cobrar... ¡ahora!

Los cuatro se movieron a la vez. Pero Mark había calculado sus

movimientos al segundo y no se dejó sorprender.

Cargando el peso de su cuerpo sobre el brazo en que se apoyaba, saltó ágilmente al otro lado de la barra cuando los revólveres salían a la luz. Cuatro balas destrozaron las botellas de los anaqueles, pasando por el lugar donde antes estaba su cabeza.

Mark, ya debajo de la barra, dio un salto felino hacia el fin de ésta. Asomó por su extremo y disparó una sola vez, mientras sus enemigos, desorientados, aún le buscaban con la vista.

Uno de ellos dio un salto al sentir el plomo ardiendo a la altura del corazón. Los otros tiraron rabiosamente, pero Mark había desaparecido ya nuevamente.

Las balas atravesaron la madera de la barra y chocaron contra la pared del fondo. Mark tenía la ventaja de que no le veían, pero tampoco podía estar expuesto mucho rato a aquella lluvia ciega y mortal. Se incorporó de un salto y apareció otra vez donde sus enemigos menos lo esperaban.

Nuevamente su revólver fue certero. Otro de los pistoleros cayó con la cabeza atravesada.

Los dos que quedaban intentaron parapetarse. Tenían las de ganar si desaparecían de la vista de su enemigo, como él había hecho. Pero Mark no les dejó llegar hasta las mesas. Tiró otra vez y su tercer enemigo saltó hacia adelante con la nuca atravesada.

El otro soltó su revólver. Estaba aterrorizado. Contempló a Mark con ojos donde se leía un miedo cerval, absoluto. Sabía que su enemigo no iba a perdonarle.

Mark guardó su revólver.

—¿Cuántos hombres más tiene Barton? —Gruñó.

—Tre... Tres.

—Diles que se larguen de la ciudad si quieren seguir viviendo. Les doy tres horas. —Pero usted no puede...

—Yo puedo lo que pueda mi revólver. ¡Habla con ellos y con tu condenado jefe si quieres conservar la vida!

El otro se fue galopando. Salió tan de prisa como si se hubiera producido un incendio en el *saloon*.

Mark respiró con cansancio.

Ya estaba otra vez en el círculo negro, en el círculo de muerte. Pero aquélla, al menos, era su ciudad.

Santa Fe, la tierra de la que fue *sheriff*.

Salió a la calle y de pronto tropezó con una mujer que llegaba corriendo al *saloon*. Una mujer a la que reconoció al instante.

Sobre todo, cuando ella le echó los brazos al cuello y le besó con ansia en la boca.

* * *

Mark la apartó suavemente.

—No sabía que besaras tan bien, Marian.

—¿Creías que lo había olvidado?

Mark la separó un instante. Marian estaba más hermosa que nunca. Su cuerpo joven, turbador, parecía lleno de sensualidad y de vida.

—Papá me ha dicho que venías aquí —murmuró—. Sé qué acabarás con todos esos hombres.

—Ya he acabado con ellos.

—¡Mark!

—No me agradezcas nada. Lo he hecho por dinero.

—Nos has dado el dominio de la ciudad. El *sheriff* es un incompetente y no sabíamos cómo acabar con esos pistoleros... Si contratábamos un tirador, ellos contrataban otro... Pero ahora las cosas han cambiado. Tú eres único, Mark. ¡Tú nos has dado la ciudad entera!

—¿Sólo eso te importa, Marian?

—Mark, tú y yo juntos podríamos hacer grandes cosas.

—Tú, yo y tu padre... —dijo pensativamente Mark—. Buen trío... Sí. Ganaríamos muchísimo dinero.

Se apartó de Marian y echó a andar a lo largo del porche. Sus pasos resonaban quedos sobre las tablas, en la calle silenciosa.

Ella le siguió.

—Mark, nunca volverás a tener una oportunidad como ésta.

El joven se volvió.

Sus ojos duros y helados envolvieron la figura de Marian.

—¿Estarías dispuesta a renunciar a tu dinero, Marian?

—¿Otra vez vuelves con tus tonterías?

El dio media vuelta y entró en un hotel. Era el primero que encontraba a su paso. Pero era un hotel demasiado modesto y Marian no quiso poner los pies en él. Ya no le siguió.

Mark pidió una habitación, una botella de agua y una bañera de

whisky.

El dueño del hotel no supo si se había equivocado, es decir si había pedido una botella de *whisky* y una bañera de agua. Pero, por si acaso, hizo las cosas como había pedido Mark.

Éste se afeitó con la botella de agua, se bañó en *whisky* y luego se quedó dormido.

* * *

No despertó hasta la mañana siguiente. Estaba más cansado de lo que había podido imaginar. Pero el suyo era un cansancio moral, que venía de dentro, que sólo podría calmar de dos modos: o emborrachándose o saliendo para siempre de la ciudad.

Se dio otro baño, ahora con agua clara, se afeitó y salió a la calle. Iba a trasponer la puerta cuando vio a Robinson.

Éste llegaba jubiloso.

—¡Hemos ganado Mark! ¡Hemos ganado! ¡Usted sólo ha hecho el milagro! ¡Un verdadero gatillo! ¡Eso era lo que estaba haciendo falta en Santa Fe!

—¿Qué quiere decir eso de que hemos ganado?

—Barton ha aceptado mis condiciones. Los dos pistoleros que le quedaban han huido. Se ha dado cuenta de que estaba acorralado, de que podía incluso matarle.

—¿Y qué condiciones le ha impuesto?

—En primer lugar, que regalara la parte que él tiene en el *saloon* de Norma. Esa parte ya se la he transmitido a usted ante el juez, de modo que ahora, Mark, es usted dueño de un cincuenta y cinco por ciento del local. La otra condición ha sido que dismantelara su Banco y lo trasladase a otro sitio. El la ha aceptado también ante el juez, en un documento solemne. ¡Se larga en seguida a Tucson!

—Unas condiciones algo duras, ¿no?

—¿Va a tener ahora compasión de ese buitres? Aparte de lo que pudo hacerle a usted, Mark, abandonó a su propia hija. La odiaba porque no era un varón. Todo el mundo lo sabe. ¡Ese tipo no tiene entrañas!

—No —masculló Mark—. Y me gustaría haberle matado. Pero, si se larga, si pierde la obra de toda su vida, ya lleva bastante castigo encima. Un castigo que tiene la ventaja de que va a durarle hasta que muera.

Dejó a Robinson, sin una palabra más, y se dirigió al *saloon* de Norma. Robinson corrió a su Banco para dar nuevas órdenes. No acababa de creer aún que se había convertido en dueño de la ciudad entera.

Dueño de Kansas City, dueño de Santa Fe... Una expresión de ansiedad brillaba en su rostro grasiento. Era prisionero de su propia ambición, pero lo ignoraba o simulaba ignorarlo. Acumulaba moneda tras moneda, infamia tras infamia..., ¿para quién?

Como la vez anterior, el *saloon* de Norma estaba vacío. Toda la ciudad, realmente, daba la sensación de haber quedado deshabitada. Mark no vio allí a la muchacha e interrogó al camarero con la mirada.

—Primer piso —dijo éste temerosamente—. Segunda puerta.

Mark subió. Oía sus propios pasos como si no le perteneciesen. Se daba cuenta de que él, un modesto servidor de la ley en otro tiempo, se podía convertir en uno de los dueños de Santa Fe. Su revólver era poderoso ahora. Podía ganar lo que quisiera sólo aceptando la alianza de Robinson.

Antes sólo tenía una estrella. Ahora podía tener todo lo que ambicionase.

Empujó la puerta.

Lo primero que vio fue una gran cómoda. Sobre ella había un reloj de oro y un marco de plata. Dentro del marco de plata descansaba un retrato que era el de su propia madre. Más allá, un cenicero de oro esperaba una ceniza que nunca llegaba para él. Los ojos de Mark quedaron un instante nublados al contemplar todo aquello.

Luego siguieron su camino.

Vieron la gran cama donde debía descansar Norma, la que pudo haber sido su mujer. Vio también una cama más pequeña donde descansaba una preciosa niña.

Mientras la miraba, los ojos de Mark parecían cubiertos por una nube gris.

¿Cuántos años podría tener? El era incapaz de decirlo, porque no entendía de aquellos asuntos. Para él los niños pertenecían a un mundo remoto del que jamás había sabido nada. Pero sintió, aunque no supo explicárselo, que su corazón se llenaba de una suave ternura.

—No es necesario que la mires tanto —susurró Norma desde un ángulo de la habitación—, ni te enternezcas ante ella. Es la hija de Barton.

Mark no desvió la cabeza. No quiso mirarla ni sentir otra vez el peso obsesionante del tiempo perdido, del tiempo que no volvería.

—¿Tú la recogiste?

—Sí.

—No me extraña. Al fin y al cabo eres algo así como su mujer, ¿no?

Norma aceptó el insulto con los ojos cerrados, pero sin ninguna protesta.

—Barton no me ha tocado nunca.

—¿Por qué, entonces, te convirtió en su asociada?

—Porque esperaba que me casase con él. Es su táctica, la táctica de los que llevan el dinero por delante. Trabajé penosamente por no aceptar tu ayuda, Mark, y luego las cosas siguieron un curso que en cierto modo era lógico. Barton me ofreció su ayuda, diciendo al principio que era desinteresadamente. Luego me propuso el matrimonio y..., yo me he ido negando siempre.

—¿Hubo otros hombres?

Mark trataba de pensar: «No me importa... No me importa...». Pero las palabras surgían en contra de su voluntad. Su voz fue ronca, apasionada, cuando insistió:

—¿Hubo otros?

—No. El mismo Barton me protegía. Nadie se atrevía a luchar contra él.

—¿Y sabe que ésta es su hija?

—No lo sospecha. Cree que es... nuestra.

Mark parpadeó. Una hija de los dos... De pronto sintió vértigo. El tiempo volvía, el tiempo nunca moría del todo. Hubieran podido estar unidos si aquella hija fuese de los dos, pero..., pero era la de Barton. Pesadamente, Mark afirmó:

—Tu amigo ha hecho malos negocios últimamente. Tendrá que largarse de la ciudad y dismantelar sus posesiones. Como tú poseías una parte del Banco, te verás perjudicada. Pero, a cambio de ello, este *saloon* es enteramente tuyo. Ahora iré a declararlo ante el juez.

—Mark..., ¿por qué lo haces?

—Porque no tienes más que ambición. Eso es lo único que te

sobra. Y quiero hacerte el último favor. ¡El último favor de un hombre que estuvo enamorado de ti! ¡Rodéate de dinero por todas partes! ¡Muérete con él!

—Mark, tú fuiste más ambicioso que yo, recuérdalo. Por tu ambición no somos marido y mujer.

Mark se mordió el labio inferior, hasta hacerse sangre. Eso era lo que le dolía, el que ella tuviera razón.

¡Pero parecían tan lejanos aquellos años en que ella no pedía nada!

Se dirigió a la puerta.

—Adiós, Norma. No tengo nada más que hacer en Santa Fe. Creo que no nos veremos ya nunca. Si alguna vez necesitas colocar tu dinero al ocho por ciento, para tener más, escíbeme. Quizá pueda aconsejarte.

Dio media vuelta. Aún oyó la voz desgarrada de Norma...

—¡Mark!

Era la misma voz de otro tiempo, la misma que había estado recordando durante tres años. Pero Mark ya no deseaba oírla. No deseaba permanecer ni una hora más en Santa Fe, donde le hubieran ahogado los recuerdos.

Fue a otro *saloon*, que también estaba vacío, y pidió una botella de *whisky*.

Recordó que también podía haber bebido aquello en el *saloon* de Marian. Pero se encogió de hombros.

—Me he pasado a la competencia —dijo, mientras se llenaba el vaso lentamente.

* * *

En aquel momento cuatro hombres entraron en la oficina del *sheriff*, la vieja oficina de Mark, no lejos de allí. Los cuatro eran pistoleros contratados por Robinson.

El *sheriff* los acogió con una temerosa sonrisa.

—¿Qué desean, caballeros?

—Venimos a presentar una denuncia... por las buenas.

—¿Una denuncia contra quién?

—Contra el banquero Robinson.

—Pero Robinson es su jefe... ¿Qué tienen contra él?

—Se niega a pagarnos. Dice que no nos había prometido nada.

Que nos debía dinero si eliminábamos a los hombres de Barton, pero a los hombres de Barton los ha eliminado otro.

—¿Y qué quieren que haga yo?

—Apriétele los tomillos.

El *sheriff* rió nerviosamente.

—Compréndanlo... No puedo oponerme a Robinson.

—Pues se opondrá a nosotros.

El gordo sabía que estaban diciendo la verdad. Estaban rabiosos, desechados, y harían cualquier salvajada. Naturalmente, la salvajada podía comenzar por él.

Se levantó, se quitó tranquilamente la estrella y la colgó de un clavo de la pared.

—El que quiera usarla, que la recoja —barbotó.

—¿Qué se propone? —Vosotros sois cuatro asesinos profesionales, cuatro granujas y cuatro hijos de perra... En lugar de ayudaros lo que debería hacer es meteros en la cárcel. Pero confieso que tengo miedo y voy a mantenerme neutral. Ya no hay *sheriff* en Santa Fe. Podéis entenderos con Robinson de la manera que os venga en gana. Incendiadle el Banco si os parece.

—De modo que dimite, ¿eh?

El gordo se sacudió las manos.

—Ya no soy más que un ciudadano cualquiera.

—Muy bien. Entonces «dimita» de verdad.

El antiguo representante de la ley abrió la boca, asombrado.

No podía creer en aquella brutalidad, en aquella espantosa sangre fría.

—Pero... —balbució— si yo no me meto en na..., en nada...

Los cuatro revólveres dispararon a la vez. Y cuando el hombre estuvo en tierra, volvieron a disparar rabiosamente.

* * *

Mark se sirvió su tercer vaso de *whisky*. La bebida, en lugar de animarle, la desalentaba más y más.

El recuerdo de lo que pudo haber sido y nunca sería ya le torturaba. Sus dedos temblaban cada vez que levantaban el vaso.

—Me iré de la ciudad —decidió—. Me iré ahora mismo...

Al salir del local, supo que ya no volvería nunca allí. Que ya no pisaría Santa Fe nunca más.

Quizá por eso decidió despedirse de la vieja oficina donde había sido *sheriff*.

Caminó lentamente hacia allí.

CAPÍTULO XIII

El hombre estaba tendido en el suelo, casi debajo de su mesa. Presentaba ocho orificios en el cuerpo, los ocho casi exactamente en la misma zona.

Mark miró los muebles, miró las paredes entre las cuales había tenido la sensación de ser un hombre honrado, un fiel servidor de la ley.

Y ahora allí la ley no la servía nadie.

Ahora los forajidos podían matar al *sheriff* en su propia oficina.

Mark sentía una llamada lejana, una voz remota que guiaba sus actos. Lentamente descolgó la estrella del clavo y se la puso sobre la camisa. Era su vieja estrella, la misma que él llevó. Sólo al sentirla sobre su pecho, Mark se sintió volver a nacer.

Como antes, como en los días que —ahora se daba cuenta— fueron los más dignos de su vida.

Caminó a lo largo de la calle.

Se daba cuenta de que se abrían algunas ventanas, de que algunas personas se atrevían a salir a la calle nuevamente. Por instinto, los habitantes de San Fe sentían que la estrella estaba de nuevo sobre un pecho que sabría llevarla.

Hasta que de pronto oyó tiros y gritos.

Los disparos sonaban en la misma calle, pero bastante más arriba. Mark vio una columna de humo elevarse lentamente sobre las casas.

Y el grito de advertencia llegó ronco hasta él:

—¡Están quemando el Banco de Robinson!

CAPÍTULO XIV

En efecto, los asesinos del *sheriff* habían decidido tomarse la justicia por su mano. Ellos eran la fuerza contratada por Robinson y nada tenía de extraño que esa fuerza se volviera contra él, si no había sabido conservarla. Habían decidido enviar al banquero al infierno con todo su maldito oro.

Mark corrió a lo largo de la calle.

El humo se iba haciendo más negro, más espeso. Los cuatro hombres estaban ante la puerta, disparando. Tres empleados que trataban de salir a la calle, fueron abatidos a balazos.

Y no sólo se estaba quemando el Banco, sino también los billetes depositados en él. Aquello significaba el fin de Robinson, al menos en Santa Fe. Sólo podría salvar lo que tenía en Kansas City, si lograba salir a tiempo.

Pero Mark se dio cuenta de que Robinson ya no podría salir, de que estaba muriendo con su propio dinero, cuando oyó a su espalda la voz desgarrada de Marian:

—¡Papá está ahí dentro! ¡Tienes que salvarlo! ¡Tienes que sacarlo de ahí!

Mark giró lentamente la cabeza hacia el edificio que se estaba convirtiendo en una hoguera.

—Me temo que ya es tarde, muchacha. El ha preferido su dinero a la salvación. Pero tú aún tienes lo de Kansas City.

—¡Mark! —La voz de la muchacha era desgarrada—. ¡Véngale! ¡Véngale y márchate conmigo!

—Al contrario, Marian —susurró él, deseando probarla—. Eres tú la que puede quedarse aquí, si no te importa vivir modestamente.

—¡Jamás renunciaré a mi dinero! ¡Aún soy una de las mujeres más ricas de Kansas City!

Sus facciones habían cambiado. Eran ansiosas, ásperas. Parecían haber envejecido. Su rostro era el de una mujer madura, experimentada, ávida. La mujer para quien el dinero lo es todo en la vida.

«Peores que los hombres, según y cómo...», pensó lejanamente Mark.

—No podrás pensarlo mucho tiempo, Marian.

—¡Me marchó! ¡Tú estás loco! ¡Tú eres el que no tienes tiempo para pensar!

¡Muérete de hambre aquí, si no quieres venir a Kansas City!

—Puesto a servir a alguien, prefiero servir a la estrella —musitó Mark—. Vete con Dios, muchacha.

Avanzó lentamente. Marian le contempló como obsesionada, contempló también las llamas que estaban devorando una fortuna y tuvo que cerrar los ojos. Todos estaban locos, locos... ¿Cómo no comprendían que tener más y más era lo único que valía la pena en la vida? ¿Cómo no comprendían que...?

—¡Loco! —aulló—. ¡Loco!

Pero Mark ya no la oía. Mark sólo veía a los cuatro pistoleros que se habían abierto en abanico, ocupando toda la calle.

Y ya sólo sentía el peso suave, lejano, de la estrella que él mismo se había prendido en el pecho.

Avanzó hacia ellos poco a poco, llevando la derecha arqueada sobre la culata de su revólver.

EPÍLOGO

Fue el de la extrema derecha el que gruñó:

—¡Vaya...! Veo que el muerto ha encontrado muy pronto un buen sustituto.

—Más bien era él quien me sustituía a mí —dijo Mark.

—De acuerdo. ¿Y qué quiere, *sheriff*?

—Vais a daros presos en nombre de la ley.

Los cuatro lanzaron a la vez una carcajada. La situación les parecía muy divertida. Sabían, desde luego, que Mark había eliminado a la banda rival, también compuesta por cuatro hombres, pero en circunstancias muy diferentes. Ahora estaban todos en plena calle, a la luz del sol. Sin escondites.

Y cuatro contra uno era una ventaja total, decisiva.

Otra vez el de la extrema derecha susurró:

—La idea de quemar el Banco de Robinson nos la dio el mismo *sheriff* antes de..., antes de descansar en paz.

—En cierto modo fue un buen consejo.

—Vaya... Es usted un tipo razonable. ¿Se pone de nuestro lado, *sheriff*?

—Sólo pienso que a Robinson le tenía que ocurrir esto por negar su salario a los granujas. Vulneraba la ley y luego quería ampararse en la ley. Es una mala costumbre.

—¿Y usted qué dice, *sheriff*?

—Lo he dicho ya: Daos presos en nombre de la ley.

La carcajada se reprodujo.

—¿Se da cuenta de lo que pretende?

—Me doy cuenta, después de muchos años, de que ésta es mi ciudad. Y de que vale la pena limpiarla de carroña.

—Muy bien... Usted lo ha querido.

Mark sentía un sudor frío resbalando hasta las comisuras de sus labios. Sentía el sol en la nuca y, sin embargo, el frío más absoluto le dominaba. Era el frío de la muerte, porque sabía que no podía vencer. Pero sus enemigos no lo notaban.

Su voz fue perfectamente tranquila cuando dijo:

—Vosotros habláis, amigos. Son cuatro cartas contra una... Mostrad vuestro juego.

Los cuatro se movieron a la vez, con velocidad de reptiles, sacando sus revólveres.

Mark empezó a disparar de izquierda a derecha, sin cubrirse, pensando solo en eliminar a cuantos más enemigos mejor antes de que llegase la muerte para él también.

Vio encabritarse al enemigo de su izquierda. El inmediato siguiente dio un extraño salto, mientras soltaba su arma. El tercero se llevó las manos al vientre. La velocidad de los disparos de Mark era asombrosa.

Su revólver vomitó plomo tres veces, en menos de dos segundos, pero ya no pudo disparar por cuarta vez. Un balazo que iba destinado a sus pulmones le rozó el brazo derecho. Sintió un calambre doloroso y el revólver de Mark cayó a tierra.

Supo que ya no podría recogerlo.

Quedó quieto, tranquilo, rígido, mientras una sonrisa desdeñosa flotaba en sus labios.

—Tira de una vez —masculló—. En pocas ciudades se mata a dos *sheriffs* en menos de una hora...

El pistolero fue a disparar.

Veía con el rabillo del ojo a sus tres compañeros muertos y casi no podía creerlo. Pese a estar frente a un hombre desarmado, el miedo le dominaba. Deseaba acabar cuanto antes con aquella especie de diablo.

—Ahora me doy cuenta de que todo lo que quería, en el fondo, era esto —susurró Mark—. Ser *sheriff* de Santa Fe y, si hacía falta, morir cumpliendo mi deber. ¡Tira!

El otro fue a apretar el gatillo, pero en, aquel momento sonó una voz en los porches de la izquierda.

—¡Quieto!

El pistolero se volvió instantáneamente, haciendo fuego en aquella dirección. La mujer que empuñaba un rifle pesado disparó

también. Su bala hizo saltar la cabeza del asesino, al que había estado apuntando ya.

Norma se tambaleó, alcanzada en un hombro. Soltó el rifle y se llevó la mano derecha a la herida. Luego giró lentamente.

Mark se inclinó y recogió su revólver.

La gente estaba saliendo de sus casas, la calle se llenaba de voces y de gritos. Algunos trataban de apagar el fuego, aunque tardíamente. Pero Mark sólo veía aquella silueta que se alejaba de él, que parecía haberle vuelto la espalda para siempre.

—¡Norma!

Ella no se volvió. La contempló mientras se alejaba a lo largo del porche, hacia su *saloon*, dejando sobre las tablas un leve rastro de sangre.

Mark fue tras ella. Una fuerza superior a él le empujaba, dirigía sus pasos.

Cuando entró en el establecimiento de Norma, ésta se había sentado en el sitio donde la vio por primera vez, al llegar a Santa Fe. La miraba sin un parpadeo, dulcemente, a pesar de que la sangre seguía manando de su herida.

—Bien venido, Mark.

El se sentó al otro lado de la mesa. Como la otra vez. Como cuando regresó al cabo de tres años.

Los recuerdos parecían envolverles.

—Voy a regalar todo esto —dijo Norma—. Acabo de decidirlo. Hay mucha gente estupenda en Santa Fe, más de la que suponemos. Gente que necesita un poco de ayuda.

—¿Y por qué vas a hacerlo, Norma?

—Porque quiero ser la esposa del *sheriff* de San Fe. Sencillamente eso. Al fin y al cabo fue lo que le pedí una vez, siendo casi una chiquilla.

—Norma...

Ella dominaba el dolor de su herida. Hizo un gesto para contener la pregunta ansiosa del hombre.

—Todo lo que te dije antes es verdad, Mark. No recibí ayuda más que de Barton, y Barton lo hizo porque quería casarse conmigo. Al fin y al cabo, pensaba, el dinero volvería a ser suyo después de la boda. Pero nunca hubo nada entre los dos. ¡Nunca! Sólo te he engañado en una cosa.

—¿Importante?

—Importantísima.

Mark trató de sonreír. La rozadura del brazo le dolía, pero por primera vez su sonrisa fue del todo alegre. Alegre por primera vez en muchos años.

—¿No puedo saber qué es?

—Luego te presentaré a la hija de Barton. La recogí yo sin que él lo supiera, cuando el granuja la abandonó por no ser un varón. La tengo en otra casa. Es muy bonita y no se parece a su padre, sino a su pobre madre, la querrás mucho.

—Pero entonces... La que antes he visto arriba...

—Es nuestra, Mark. Es el fruto de nuestro amor en aquel momento loco. Pero no quise decírtelo para que no te sintieras obligado hacia mí. No quería forzarte.

Mark se puso en pie. Avanzó rápidamente hacia las escaleras.

—Pero ¿adónde vas, Mark?

—¡A verla mejor! ¡Diantre! ¡Antes casi no he podido fijarme en ella! ¡Y a decirle que tendrá que obedecerme! ¡Habrá de ir con mucho cuidado! ¡Además de su padre soy el *sheriff* de Santa Fe, qué cuerno...!

FIN